



CENTRO
ANDALUZ
DE LAS
LETRAS

COLECCIÓN
LETRAS
DE PAPEL



HOY

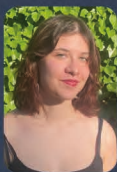
y otros textos



Junta de Andalucía

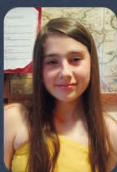
Consejería de Cultura y Deporte

Agencia Andaluza de Instituciones Culturales



Blanca Guisado García

La escritura para mí es plasmar tu forma de mirar el mundo, desde el ansia de querer compartirla y conectar. Y leer, es asomarte a las ventanas de otras mentes, disfrutando de las conexiones pero también de lo distinto, de lo que jamás habrías podido apreciar desde la tuya.



Claudia Rubí Martín

Me gusta escribir porque en el papel veo reflejado todo lo que nunca será real, porque las posibilidades son infinitas y los mundos ilimitados. Porque a través de mis personajes puedo vivir cientos de vidas.



Diana Moreno Quesada

Escribo porque hay historias que solo cobran sentido al ser escritas, que piden existir para no desvanecerse. Escribo para entender, para recordar y, a veces, simplemente para no olvidar.



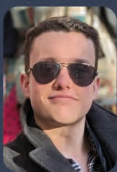
Duna Lomba López

Las palabras son mi forma de pensar, de sentir, de expresar... son mi manera de entender el mundo, y por ende, la escritura es mi filosofía de vida. Escribo porque no sería yo misma si no lo hiciera.



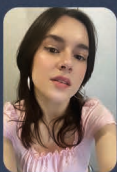
Felicia Gómez Fernández de Castro

Comencé a escribir desde muy pequeña. Lo primero que recuerdo haber escrito es un poema sobre la playa, que acompañaba a un dibujo en mi bloc de plástica. Desde entonces sigo escribiendo para entender mejor el mundo y para verlo con ojos más claros.



Javier Espinosa Pérez

Escribo porque hay cosas que no sé callar; y aun así callo. Porque el mundo es demasiado grande; y aun así quepo. Porque hoy no; y aun así todavía. Porque siento que me asfixio; y aun así respiro. Porque necesito entender el mundo y entenderme a mí.



María de los Ángeles Povedano Buitrago

Escribir, para mí, es más que un simple desahogo. Al escribir, conecto con personajes completamente ajenos a mí y me percató así de que no somos tan diferentes a nadie. Encuentro partes de mí misma en historias que no viví y sería un honor para mí hacer que los lectores conecten con estas.



Marta Cruz Rodríguez

Escribir para mí se ha convertido en algo imprescindible, diría que tanto como respirar. Empecé a hacerlo con un pensamiento liberador, para expresar cosas que pasasen por mi mente o a mi alrededor, para hacer uso de una supuesta *carga explosiva* que me aconsejaron liberar escribiendo poesía. Ahí comencé, y aquí sigo.



Nazaret Delgado Palma

Las letras se aferran para formar las palabras. Yo hago lo mismo con la escritura, desde la que muestro todo lo que mi boca calla, pero mi mente grita. Para mí, es una metáfora de la vida: al comenzar no sabes qué redactarás, pero estás seguro de que te conmoverá.



Nube Pedrera Jeremías

Escribo desde que tengo memoria. Mientras las demás jugaban, yo ya creaba mundos con papel y lápiz. Siempre supe que escribir era mi refugio, mi forma de sentir y entender. No es solo algo que hago, es quien soy. Sin la escritura, simplemente, no soy yo.

HOY

y otros textos

**COLECCIÓN
LETRAS
DE PAPEL**



Junta de Andalucía

Consejería de Cultura y Deporte

Agencia Andaluza de Instituciones Culturales

PRIMERA EDICIÓN:

Edita: Consejería de Cultura y Deporte. Junta de Andalucía

Responsable de la edición: Centro Andaluz de las Letras. Agencia Andaluza de Instituciones Culturales

Edición no venal

© De la edición: Consejería de Cultura y Deporte. Junta de Andalucía

© De los textos: sus autores y autoras

© Del prólogo: Ernesto Pérez Zúñiga, Estefanía Cabello y Nuria Ortega Riba

© De la ilustración: Candela Sierra

© Del diseño y maquetación: Ildefonso Troya y María Larreta

Esta edición recoge textos seleccionados de entre los presentados en las pruebas de acceso a la Escuela de Jóvenes Escritoras y Escritores, programa del Centro Andaluz de las Letras creado con la finalidad de promover y difundir la creación literaria entre las jóvenes y los jóvenes andaluces.

Depósito Legal: SE 1273-2025

Impresión: Tecnographic

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso por escrito de la entidad editora.

La Comisión de Valoración de las pruebas de acceso a la Escuela de Jóvenes Escritoras y Escritores 2025, compuesta por el autor Ernesto Pérez Zúñiga y las autoras Estefanía Cabello y Nuria Ortega Riba, que seleccionó estos textos de entre los presentados, emitió su fallo el 30 de abril de 2025.

El asesoramiento técnico del Centro Andaluz de las Letras estuvo a cargo de Antonio Luis Ginés, Emilia Recio, Francisco Luis Ruiz, Lourdes Fernández, María Isabel García y Sandra Martín.

Agradecimientos a Candela Sierra por la ilustración de cubierta, y a Ernesto Pérez Zúñiga, Estefanía Cabello y Nuria Ortega Riba, por los prólogos.

Volvemos un verano más a Mollina (Málaga), a la Escuela de Jóvenes Escritoras y Escritores que organiza el Centro Andaluz de las Letras y que en 2025 alcanza su 18 edición. Este nuevo número de la colección Letras de papel acoge obras de nueve autoras y un autor, seleccionadas entre los trabajos presentados por quienes aspiraban a participar en las sesiones de la Escuela.

Ha sido difícil elegir entre tanta muestra de ingenio e ilusión creadora, pero nos imaginamos, y celebramos, la alegría que sentirán quienes vean su primera obra publicada. Compartimos su felicidad y recordamos con satisfacción que antiguas alumnas y alumnos de la Escuela han merecido el aprecio de la crítica y del público, y hoy desarrollan una carrera literaria consolidada.

La Escuela ha reunido este año a veintinueve alumnas y seis alumnos que comparten el deseo de imaginar y construir mundos posibles e imposibles, pasados, presentes y futuros. Un alumno y dos alumnas han sido seleccionados por la Fundación José Manuel Lara —que colabora por segundo año consecutivo en el programa de Autoras y Autores Noveles— entre el numeroso grupo de concursantes en su certamen literario “Mi libro preferido”.

La Escuela es un lugar de aprendizaje, de convivencia y de amistad, en el que descubrir el maravilloso oficio de contar historias, explorando el mundo de las palabras y afinando el oído para percibir su música. El trabajo colectivo es una invitación a compartir experiencias, diferencias y coincidencias. Aprendiendo de los aciertos y de los errores propios y ajenos, descubriremos nuevas voces y nos sorprenderá, al escribirla, esa voz nuestra que, sin saberlo, llevábamos dentro.

De una idea, de una imagen que nos sale al paso, puede nacer un poema, una novela, una escena dramática o todo un universo para un videojuego. Será una llamada a adivinar las innumerables historias que nos rodean. Y no olvidemos que leer buenos libros es la mejor manera de aprender el oficio de escribir.

Pero no debemos perder nunca el deseo de escribir con verdad, mirando todo con ojos propios. Escribir es una forma de habitar el mundo con más sentido, con esperanza. No queramos, escribiendo, evadirnos de lo que nos rodea: lo que buscamos es verlo y entenderlo mejor. Sabemos que las palabras importan: son un vehículo para transformar y mejorar la realidad. Escribir es un acto de poder, libertad y belleza. La Escuela de Jóvenes Escritoras y Escritores es una invitación a descubrirlo.

PATRICIA DEL POZO

Consejera de Cultura y Deporte

Junta de Andalucía

Índice general

Prólogos	11
POESÍA 12-14 años	
SI SUPIERAS CUÁNTO LLORÉ POR TI. Diana Moreno Quesada	17
POESÍA 15-17 años	
A VECES. Nube Pedrera Jeremías	21
HOY. Felicia Gómez Fernández de Castro	23
CASI. Marta Cruz Rodríguez	25
POESÍA 18-20 años	
HERMANAS DESDE LA LUNA. Blanca Guisado García	29
RELATO 12-14 años	
AIKE. Claudia Rubí Martín	33
TRAZOS EN BLANCO. Duna Lomba López	52
RELATO 15-17 años	
SI ALGUIEN LO HUBIESE DICHO. Nazaret Delgado Palma	69
ESTUDIO SOBRE DIOS. Felicia Gómez Fernández de Castro	75
RELATO 18-20 años	
LA PRINCESA VESTIDA DE AZUL.	83
María de los Ángeles Povedano Buitrago	
POR DONDE PASÓ UN HOMBRE. Javier Espinosa Pérez	91

Prólogos

Escribir para ser

Quien escribe desde muy joven sabe que ya no se puede vivir de otra manera, que solo así se conoce a sí mismo y que solo así se desentrañan los tesoros del mundo: los secretos apenas audibles, los misterios sospechados, la sombra de lo que parece evidente y que se ilumina con la atención y el arte de imaginar. Lo he vuelto a comprobar leyendo los relatos y poemas presentados a este jurado. Me ha sorprendido el gran nivel de escritura de los más jóvenes, y el decidido impulso de los que ya, rozando la mayoría de edad, se sienten escritores o escritoras (pues sin abrir las plicas el jurado desconoce a quién pertenecen los textos). Me he emocionado a menudo recorriendo los paisajes interiores que han soñado los autores, ellas y ellos, con una calidad literaria asombrosa en algunos casos. A veces, detrás de un poema o de un relato, se adivinan otras lecturas, una serie, o una película. Se adivinan experiencias e invenciones. En la escritura todo desemboca, se destila y se transforma. Pero hay una condición previa: no se puede escribir bien sin leer. Aún mejor, diría: no se puede vivir bien sin leer. Es ahí donde se produce el encuentro íntimo con los maestros. La lectura es la llave del tiempo y del saber en cualquier género literario y también en cualquier género de la vida. Cuando leemos libros y los escribimos formamos parte de una danza que cruza las civilizaciones y las épocas, y donde vamos aprendiendo y disfrutando conforme cambiamos de pareja de baile. Al final, hallamos nuestro propio estilo y esa voz que propiciará que un lector quiera bailar también con nosotros. Este concurso literario es el comienzo de una danza, de una biblioteca nueva, donde la juventud nos vuelve a enseñar que la esperanza del mundo se cumple cuando un grupo de muchachos y muchachas piensan, escriben, imaginan una nueva alquimia de palabras. Como hicieron los mejores del ayer y harán los mejores del futuro. Los de hoy ya tienen voz en este libro.

ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA

Hallazgos

Leer los textos de los seleccionados en la Escuela de Escritores que organiza el Centro Andaluz de las Letras este año ha supuesto un bálsamo para crear.

Crear en que, pese a todas las imposiciones tecnológicas y digitales que sobrevuelan alrededor de todos nosotros y nosotras, aún pervive la llama del talento joven en nuestra literatura. Esta llama resurge en los poemas y relatos que vais a leer con una fuerza y una voz propia inusitadas, abriéndose su camino propio, marcando la identidad que ya está casi definida —aunque parezca un imposible—, en cada uno de estos jóvenes escritores. Solo quedará para ellos el hermoso y esforzado reto de alimentar esa identidad, pero el camino del oficio del escritor se ha abierto paso ineludiblemente ante cada uno de ellos y ellas. La publicación de este libro, por tanto, es una ocasión para esa celebración.

Realmente celebro la fe ante el descubrimiento de estas nuevas voces que conforman nuestro jovencísimo panorama literario, por eso me gustaría también que estas palabras a modo de prólogo provocaran una eficaz llamada a la atención sobre cada uno de los poemas y relatos que tienen entre las manos, para disfrutarlos y repensarlos colectivamente desde el reconocimiento de ese talento. Pero además celebro la fe también en una actividad tan gratificante como la del encuentro que van a disfrutar y que les brinda esta Escuela de Escritores un año más, edición tras edición. Creo que, sin duda, es una apuesta cultural de la que nos beneficiamos de forma conjunta como sociedad.

Me gustaría, por último, dirigirme cariñosamente a todos estos jóvenes nombres que aquí desfilan con sus textos formulándoles un deseo, un deseo que ojalá tome la forma de la prosperidad en sus letras: que, tal y como ya estableció Arato, un magnífico poeta de la Antigüedad clásica, procedan diseminando estrellas con el ejercicio de su escritura, que la traten con amor y respeto, como si fuera una divinidad y, sobre todo, que la sigan ejercitando con su literatura presente y con su esperanzadora literatura futura.

ESTEFANÍA CABELLO

Sorpresa

A pesar de que soy de llanto y de risa fácil, jamás hubiera imaginado que acabaría llorando y riendo de madrugada gracias a los textos de unos jóvenes escritores. Cuando el cansancio azota el cuerpo y las obligaciones del día a día emborronan todo atisbo de emoción, una cree que al caer la noche ya nada puede ser una sorpresa. Me gustaría aislar esta palabra, *sorpres*a, y colocarla en un lugar en el que la pudiéramos ver siempre, porque es lo primero que se esfuma con el tiempo, cuando la mirada de los niños pasa a ser la mirada de los adultos y se vuelve rápida, opaca y tibia. Los cuentos y poemas que hay en estas páginas aún conservan esa capacidad de asombro y es probable que ni siquiera sus autores sean conscientes de tal hazaña, lo que les confiere aún más valor, si cabe. Pienso en la edad de estos chicos y chicas, pienso en los años que llevarán escribiendo y, por supuesto, en los años que llevarán leyendo. Pienso en cómo algunos mostrarán sus textos a familiares y amigos, y en cómo otros sencillamente los guardarán en un cajón por timidez, por miedo al rechazo o por esa autocrítica tan propia de quienes nos dedicamos a jugar con las palabras. Pienso en qué les habrá llevado, al fin, a querer ir un paso más allá. Supongo que habrá sido la certeza de saberse ya escritores, un impulso al que ni siquiera pondrán nombre todavía. Sea como sea, deseo de corazón que la sorpresa no abandone nunca su escritorio. Si continúan alimentándola mientras trabajan, como se alimenta a un animal dispuesto a hacerles compañía, seguirán provocando la risa y el llanto en los lectores, incluso en aquellos que lleguen demasiado cansados a la noche, convencidos de que a esas horas ya nada puede despertarles una mínima emoción.

NURIA ORTEGA RIBA

POESÍA 12-14 años



SU SUPIERAS CUÁNTO LLORÉ POR TI

Diana Moreno Quesada
Baños de la Encina (Jaén)
POESÍA 12-14 años

Si supieras cuánto lloré por ti,
tendrías que arrepentirte mil veces,
por cada daga en forma de palabra
que vestiste de marfil.

Si supieras cuánto lloré por ti,
por tus promesas
que parecían velas
y eran antorchas prendidas
que arrasaron mi fe.

Si supieras cuánto lloré por ti.
Mírame ahora,
di que me amas otra vez
pero que suene verdadero,
como nunca antes.

Si supieras cuánto lloré por ti,
por no haber sabido elegirme a mí misma,
por hacerte mi todo,
por no aceptar perderte,
por perderme yo.

Si supieras cuánto lloré por ti,
por cada verso que te escribí
desgarrando mi alma,
dejando atrás más de mí misma,
intentando alcanzarte.

Si supieras cuánto lloré por ti,
te llenarías de remordimientos,
te arrodillarías suplicando mi perdón.
Pero ambos sabemos que no.

Si supieras cuánto lloré por ti,
¿serías capaz de mirarme a los ojos
como si nada hubiera pasado
y volver a tocar mi piel?

Si supieras cuánto lloré por ti.
Nunca lo sabrás
porque este poema
morirá con mi silencio.

POESÍA 15-17 años



AVECES

Nube Pedrera Jeremías
Córdoba
POESÍA 15-17 años

A veces me pierdo en canciones ajenas,
en frases de libros que quiero olvidar,
en cartas que nunca llegaron a nadie,
en sueños que un día dejé de buscar.

Me siento invisible en mitad de la gente,
como un eco mudo en el mundo veloz,
y aunque grite fuerte dentro de mi mente,
mi voz se diluye en el mismo renglón.

Pero luego me acuerdo que todo son instantes,
que nada se queda, que todo es fugaz,
y aunque a veces duela, y a veces me pierda,
sé que este camino me va a llevar.

Quizá no haya mapa que marque el destino,
quizá haya tormentas que deba cruzar,
pero si sigo andando aunque a veces caiga,
tal vez un día aprenda a volar.

A veces camino sin rumbo en la noche,
dejando que el viento hable de mí,
preguntándome cosas que nunca respondo,
perdiéndome un poco queriendo huir.

Las luces reflejan mi sombra en el suelo,
pero no la reconozco al pasar,
quizás porque a veces ni yo sé quien soy,
quizás porque dudo si voy a encajar.

Me miro en el vidrio de algún escaparate,
y veo a alguien que finge reír,
que baila en el centro, que escribe en su cuarto,
que sueña despierta con otro vivir.

No es que odie mi vida, ni quiera cambiarla,
pero hay días en los que es difícil seguir,
cuando todo se siente tan lejos de todo,
cuando no sé bien lo que hago aquí.

HOY

Felicia Gómez Fernández de Castro

La Rinconada (Sevilla)

POESÍA 15-17 años

I

Hoy el cielo estaba rosa
El mundo era una bailarina de ballet
Atusándose su falda de tul y dando
Temblorosa los primeros pasos
Hacia un lenguaje de delicadeza
Y silencio

El tren pasaba vacío y con sus grandes ojos
La observaba bailando

II

Hoy la Luna me esquivaba
La he visto por el rabillo del ojo
Siempre en vistazos y miradas robadas
Siempre demasiado rápido

Su sonrisa dorada y brillante
Se reía de mí mientras la buscaba en el cielo azul de la estación

III

Hoy el frío se abrazaba a mí
Es la primera vez que lo he sentido en mis huesos

Con tanta ferocidad
Normalmente acaricia y juega y pincha
Pero hoy estaba desesperado
Me sacudía y gritaba:
¡Date cuenta, date cuenta!
O quizás
¡Baila, baila!

A veces es difícil saber
Lo que mi amigo busca

IV

El mundo ha corrido la cortina
Y taconeando en el suelo
Emocionado por probar sus nuevas botas de primavera
Y mientras se esconde detrás
de un rasgado biombo gris
El cielo llora porque nota su ausencia
Y el Sol huye porque teme la oscuridad.

V

Hoy la Luna se resiste a dejarnos
Y arroja las colinas con un suave edredón
Los charcos y ríos que han formado sus lágrimas
Relucen reflejando un cielo que no existe todavía
Pues nada existe en estas horas de silenciosa lucha
Entre el Sol
Y la Luna
Que convierten a la luz
En algo gris indeterminado
A las personas en sueños
Y al canto de los pájaros en silencio.

CASI

Marta Cruz Rodríguez
Sevilla
POESÍA 15-17 años

Ese papel
arrugado,
esa mano
contenida,
presa;
 el casi algo.

Temblorosa
la letra de su correspondencia;
esa foto donde el blanco es ya
casi amarillento;
El *te quiero* que es algo pasajero.
Interrumpidas por la vergüenza
sus miradas
incompletas.
—Casi puedo ver tus ojos en la madera del tronco
por las aves locuaces
 grabados—.
Cómo mis entrañas se
inundan
con el aleteo del sentimiento.
Ya no toso,
no quiero
expulsar sus plumas.
Que de mi interior no se escapen las aves,
que se alimentaban de su declaración.

Vuelve a sacar la foto,
testimonio memoria renovada.
Si se cumple el deseo,
si la contemplo de nuevo,
si la hago mía.
¿Se abrirá la jaula de los sentidos?
Liberaré los míos,
o casi.

POESÍA 18-20 años



HERMANAS DESDE LA LUNA

Blanca Guisado García

Castilleja de Guzmán (Sevilla)

POESÍA 18-20 años

Quiero ser una niña,
justo antes de la edad
en que implantaron
las nubes en mi cabeza.

Quiero ser algo así como la hiedra,
ocupando cada recoveco de vida
al que consiga asirme,
colándome entre los huecos
de este loco mundo de esquinas,
y expandiéndome sin mentiras
que oculten la vergüenza.

Quiero ser una mujer
corriendo por el bosque,
descalza, sin daño en los pies,
volando por la pradera,
pisando la hierba,
y las astillas de la madera.
Pues no hay camino sin heridas,
la única forma de temer al dolor
es negarse a dar un paso.

Quiero tomar humanas de la mano;
compañeras, almas gemelas,
o almas en diferencia;
que se miran a los ojos
la una a la otra,
y en ese instante
reconocen su existencia.

Nunca habrá soledad
mientras nos sigan la luna y las estrellas,
Y las veamos las dos.
No hace falta mirarnos
para saber
que estamos viendo lo mismo.

RELATO 12-14 años



AIKE**Claudia Rubí Martín**

El Ejido (Almería)

RELATO 12-14 años

Paseaba por la ciudad aquella tarde. El sol comenzaba a ponerse en el cielo teñido de rosas. No quedaba mucha gente en el mercado, los tenderos recogían los toldos de los puestos y los niños regresaban correteando entre juegos a sus hogares. Yo aún deambulaba cuando la noche hizo acto de presencia. La cesta se zarandeaba entre mis manos mientras susurraba una tonada que recordaba de mi infancia. Recorrí el corto camino hasta la colina en apenas unos minutos. Se me hicieron interminables, ya que el frío arreciaba. Mi casa había sido construida allí, en la cima, alejada del pueblo y de los demás habitantes. La desvencijada puerta de madera se abrió con un crujido, dando paso a una humilde pero acogedora sala de estar. En el centro de la habitación había una chimenea, que desprendía un calor que contrastaba con el frío del exterior. Coloqué con suavidad la cesta de mimbre sobre la mesa y fui sacando las botellas de leche que había comprado en el mercado. Me quité la capucha de la túnica, que había llevado todo el tiempo para que no fuesen reconocibles mis rasgos, y me aproximé al pequeño y desgastado sillón donde reposaba mi padre. Era ya un hombre mayor y se dedicaba a trabajar la forja durante el día, así que era normal ese cansancio tras una dura jornada. Lo sacudí ligeramente; su piel tersa y fría bajo mis dedos callosos. Él abrió los ojos, unos ojos enormes color caramelo, y pestañeo varias veces.

—Hola, Aike —su voz salió ronca pero amable—. ¿Has comprado la leche?

Asentí apenas imperceptiblemente antes de irme a la cocina a preparar la cena.

Aquella noche nuestra cena fue austera, pero suficiente.

—¿Has llevado puesta la capucha? —Aquella era la conversación que mantenía siempre con mi padre, siempre se trataba de lo mismo.

Di un sorbo al vaso de leche caliente que tenía entre las manos y lo deposité sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—Sí.

—Bien.

No cruzamos ninguna palabra más, sin embargo, no logré acallar mis pensamientos.

Al poco rato decidí acostarme. Me desvestí y me recogí el pelo, como hacía todas las noches antes de dormir. Sentada en el borde de la cama y trenzándome el cabello, percibía el mundo de manera diferente. El mercado solía ser el escenario de peleas ocasionales y chismes mal intencionados, pero esa mañana había presenciado algo que nunca me había sucedido. Un cuentacuentos se había sentado en el centro de la plaza, como todas las mañanas, a narrar esas historias que tanto disfrutaban los niños, cuando una anciana lo había interrumpido. Recordaba palabra por palabra lo que decía el hombre.

—El explorador se adentró más y más en el bosque y, tras tres días de duro viaje sin descanso, divisó un lugar extraño en un claro no muy lejos de un lago... —les contó el cuentacuentos a los niños, que escuchaban con atención.

Y entonces fue cuando la anciana interrumpió. Era una mujer de aspecto... interesante. Lucía el largo cabello plateado atado en un desaliñado moño, y un vestido con un estilo diferente al de la región. En definitiva, tenía el talante de una extranjera.

—Aquel —la mujer había tenido la voz rasposa, como si crujiera y fuera tan vieja que le costase hablar— era el poblado de los Leilani, donde la personas tienen dones extravagantes y ojos luminosos. La senda del río les sigue el juego y la luna alumbra su suerte.

Después de pronunciar esas escasas palabras la anciana se había marchado sin que yo me percatase y no había tenido tiempo de formularle todas las preguntas que me habían sacudido como un aluvión. No era capaz de alejar ese momento de mi mente, el rostro de la anciana

y su inesperada intervención me asaltaban y me atormentaban. Todo aquello me parecía familiar, como un mal sueño que no logras recordar al completo. Una jaqueca asomaba ya tras mis ojos, pero no me acosté. Me quedé allí, sentada en el borde mullido de la cama, contemplando mi reflejo en un espejo de cuerpo entero enmarcado en plata que había frente a la cama. Me miré los ojos, de iris plateado bordado en un tono púrpura intenso, y me pregunté si yo no sería un miembro extraviado de aquel poblado perdido en el bosque. Durante toda mi vida me había visto obligada a ocultar mis rasgos, así me lo habían enseñado. ¿Por qué? Nunca me lo había planteado, solo presentía que había un motivo, alguna razón de ser. Suspiré, demasiado alto como para quedarse solo entre las cuatro paredes de mi habitación, pero no me importaba, ya que intuía que mi padre aún dormía. Abrí las sábanas y me colé entre ellas, mi cuerpo cálido rozó las mantas frías y un escalofrío me recorrió la columna. Me quedé allí tendida, mirando al techo, el colchón al fin se entibió y mis ojos se cerraron lentamente, hasta que me abandoné al sueño y mi consciencia flotó a la deriva en la negrura de mi subconsciente.

Iba caminando por el bosque, acariciando flores y arbustos con la punta de los dedos. Una suerte de brisa suave y etérea abanicaba las hojas de los enormes robles centenarios, sacudiéndolas y haciéndolas sonar como flautas de pan colgantes. El instinto me impulsaba hacia delante, me daba fuerzas para seguir avanzando hacia las profundidades del bosque. No tenía ni idea de qué buscaba, ni a dónde quería llegar, pero eso no me retenía. Avancé durante horas, o al menos eso me pareció, hasta que el cansancio se apoderó de mí y me senté a descansar bajo la gran sombra de un árbol. Apoyé la cabeza en el tronco rugoso y grueso y mis ojos comenzaron a cerrarse. Luché contra el sueño, lo que realmente me mantuvo consciente no fue mi voluntad, sino el ulular de un arroyo cercano. Guiada por ese sonido, divisé un pequeño riachuelo que discurría durante un trecho bastante largo. Remonté el río sin saber lo que hacía, hipnotizada por una súbita corazonada. Al cabo de un rato se abrió ante mí un claro alfombrado en hierba, sin robles a la vista. Busqué con la mirada hasta que di con mi objetivo, una gruesa muralla de piedra que arañaba el cielo. La luna se mostraba expectante, deseosa de

conocer mis intenciones. La observé unos instantes, brillaba más de lo que yo la había visto hacerlo nunca, un faro plateado en el cielo, que en algún momento de mi estancia en el bosque se había vuelto estrellado, aunque seguía claro como en la mañana. Comencé a escalar el muro, mis dedos volaban ágiles de una piedra pulida a otra y me adhería a la pared a pesar de que no hubiese recovecos donde agarrarse. Fui trepando y cada vez me separaba menos espacio de la cima. No sabía qué había al otro lado, solo que me llamaba y me embaucaba. Quedaban unos escasos cinco metros para llegar, pero mi mano resbaló y aguanté suspendida en el aire colgada de un solo brazo. No me permití mirar hacia abajo, sentía una calma impasible y no estaba agitada. Meforcé a flexionar el codo y así impulsarme hacia arriba, pero no lo conseguí. Sin embargo, con ese movimiento infructífero lo único que provoqué fue que mi cuerpo se empezara a zarandear y perdí parte del equilibrio que tenía. Los dedos me quemaban y resbalaban, pero lo que me estaba matando era el dolor del brazo, que ahora sentía pesado como las piedras del muro y entumecido como si lo hubiese metido en agua helada. Apreté los dientes y no me rendí. Aprecié que no solo estaba forzando el brazo y los dedos, si no que mi hombro me suplicaba que me detuviera. Proferí un grito de dolor que me desgarró la garganta cuando la articulación se salió de su cavidad. Me comenzaron a escasear las fuerzas. “No, no, no”, pensaba. “Aike”, me reclamaba la tierra, “vuelve al lugar del que provienes”. Su voz era gutural y a la vez delicada, tan vieja como el planeta pero jovial como las flores, no tenía género ni distinción entre vivo y muerto. La enormidad de aquella voz me asustó, pero soy cabezona y me negué a entregar mi cuerpo a la gravedad. El suelo tembló y con él mis dedos que, a pesar de mi insistencia, al fin liberaron la piedra. Me precipité hacia la tierra, tal y como ella parecía desear. Caí durante unos segundos que se me hicieron eternos, percibía el tiempo atípicamente lento y perezoso. Me preparé para el duro golpe contra el frío suelo, para el crujir de mis huesos al astillarse, a ver mi vida escapar fugazmente de mi cuerpo. En cambio, ese momento no llegó a producirse.

Me desperté en mi cama, con la respiración acelerada y un calor sofocante. La mantas revueltas se enredaban entre mis piernas, por lo

que me costó deshacerme de ellas. No advertí lo que realmente ocurría hasta que me enderece y me senté en el borde de la cama. Apoyé las manos en el colchón y olisqueé el aire: “Huele a quemado”. Me apresuré a rastrear el lugar de procedencia del olor a humo y, para mi total sorpresa, provenía de mí. La parte del colchón que estaba en contacto con mis manos se estaba quemando. La alarma se instaló en mí y alargué el brazo hasta el vaso de agua que había en la mesita de noche a la izquierda del cabecero de la cama. Sumergí las puntas de los dedos en el agua, que humeó brevemente y produjo un chirrido estrangulado. Mis dedos regresaron a la temperatura normal, cálidos aunque no ardientes. Derramé parte del contenido del vaso sobre el colchón con la esperanza de eliminar las marcas de quemado, propósito que no logré. El corazón me latía con una fuerza asombrosa en el pecho, pero mi parte racional lo calmó. “No pasa nada, ya no hay fuego. Tranquila”, me dije. Relajé los músculos, que se habían tensado ante la amenaza, y respiré con normalidad. ¿Que había ocurrido? La respuesta escapaba a mi comprensión y el dolor de cabeza que se había empezado a adivinar antes había echado raíces. Me puse la mano frente a la cara, y me llené la mente con una imagen de llamas escabulléndose desde las puntas de mis dedos. Casi me dio un paro cardíaco al comprobar, con no poco asombro, que la imagen no era más que un retrato crudo de la realidad. Quise que el fuego se apagara y este obedeció. Deseé que las llamas alcanzasen la mesita y estas ejecutaron la orden. Por poco vomito al comprender que yo las manipulaba a mi antojo. Entonces ahagué repentinamente el fuego y me aseguré de meterme en la cama de nuevo lo antes posible. Apreté los ojos con fuerza y me obligué a dormir. Estaba asustada, más de lo que me dignaría a reconocer. Al cabo de un rato me reclamó el sueño y yo me abandoné a él. Me hubiese gustado que toda esta espeluznante escena fuese una maquinación de mi subconsciente, un sueño sin más. “Lástima que no sea así, Aike”, dijo una voz en mi cabeza, y habría jurado que aquella voz que crujía era la misma que la de la anciana del mercado.

La escena del fuego no fue la única situación anómala que viví tras aquel inusitado sueño. A la mañana siguiente, mientras recogía amapolas en un campo adyacente a la colina, tropecé con una roca en

el camino. Las flores que había recolectado hasta el momento salieron despedidas por los aires y el viento las agitó de manera inclemente. Me lamenté ante la posibilidad de tener que rehacer todo mi trabajo, pero entonces, una suave brisa ociosa que se arremolinaba sobre los tallos de las flores arrastró las amapolas de vuelta hacia mis manos. Eché el cuello hacia atrás, extrañada, aunque me limité a guardar mi colecta en la cesta de mimbre para después correr hasta la casa en la colina. Me pasé el resto de la tarde encerrada en la casa, planteándome la posibilidad de que verdaderamente poseyera un don sobrenatural. Me senté en la mesita donde siempre cenábamos, feliz de que mi padre continuara en la forja, y agarré dos tomos gruesos cubiertos de polvo que descansaban en la vieja estantería que vigilaba el salón desde su lugar en la esquina. Primero abrí el más gordo de los dos, que emitió un chirrido agudo. Era difícil de maniobrar, pero me las apañé notablemente bien, con un manejo adquirido a través de años como ayudante de mi padre en la forja. Las páginas me hicieron estornudar y la letra era prácticamente ilegible, diminuta como una hormiga. El sol se colaba por la ventana frente a mí, incidiendo en mi zona de lectura. El libro se titulaba *Geografía del bosque de Lin*. Comencé a inspeccionar los diversos mapas que ilustraban la zona frondosa donde supuestamente se hallaba el poblado Leilani, la mayoría faltos de color pero con dibujos muy detallados. Aunque, para mi mayor decepción, ninguno de ellos situaba poblado alguno en el bosque. Inspeccioné hoja tras hoja, pues aún conservaba una pequeña esperanza en el fondo de mi ser. Cuando estaba a punto de rendirme, topé con un mapa enganchado a la contraportada con un poco de celo medio despegado que oscilaba precariamente. Estaba hecho a mano, con trazados dubitativos y temblorosos. A pesar de las carencias, era legible. Un río dividía el bosque en dos, hasta que en las profundidades, prácticamente en el centro, se ramificaba y rodeaba un trozo de tierra, creando una isla. Sobre ese islote flotante había una palabra escrita en un idioma que yo no reconocía. Estaba escrita en tintas de diferentes colores, una letra que yo interpreté como una l se veía en rojo, y a su lado una especie de e en blanco. Otras dos quedaban en negro, siendo incomprensibles sobre el fondo oscuro. No era lo único garabateado sobre el papel

amarillento, sino que otras tantas flotaban en el mapa, aunque con tinta negra. Poco me faltaba para cerrar el libro cuando me percaté de una palabra en el margen derecho de la ilustración. Era tan sumamente pequeña que acerqué la cara al papel hasta casi tocarlo con la punta de la nariz. Enfoqué la vista y...

La puerta desvencijada gimió y me apresuré a guardar los libros a toda prisa, antes de que mi padre irrumpiera en la sala.

—Hola, Aike —me saludó.

—Hola.

Fingí ir a mi bola. Revoloteé de aquí para allá colocando amapolas sobre distintas superficies. Luego agarré el plumero y quité discretamente el polvo que los libros habían traído a la mesa. Mientras, mi padre jugaba con un objeto que no había visto antes.

La curiosidad me pudo y no fui capaz de evitar preguntarle:

—¿Qué es eso? —Ladeé la cabeza en un gesto puramente animal y me aproximé de puntillas. Pasé la punta de los dedos sobre la superficie metálica, lisa y pulida, aunque fría como un témpano.

—Un invento mío.

Mi padre le dio la vuelta entre sus manos. Lo observaba casi con adoración mientras le buscaba cualquier insignificante fallo. Algo que siempre había admirado de él era eso, su afán de perfeccionismo y su poca afinidad al abandono. El extraño objeto consistía en un tubo no muy grueso rematado en una garra con puntas afiladas.

—Lo llamo gancho —me explicó con la voz teñida de orgullo—. Sirve para escalar paredes.

Un flechazo arrastró un recuerdo perdido en mi memoria, el sueño y cómo me precipitaba hacia el suelo por culpa de mi inexperiencia trepando muros.

Asentí por toda respuesta y me excusé, alegando cansancio. Mi padre permaneció allí abajo solo, aunque me imaginé cómo trasteaba con el artificio y lo disparaba haciendo pruebas. Tenía ganas de descansar, no había sido una excusa enteramente, pero lo que no le había contado a él era que una idea me rondaba la cabeza, y generalmente era muy cabezona y no tenía tendencia a rendirme.

Recorrí la calle principal del pueblo, una arteria que lo cruzaba de un extremo a otro. El viento jugaba con mis cabellos oscuros, agitándolos. A mi paso, la gente me observaba sin disimulo, algunos incluso con la boca abierta. Un niño chilló y me señaló, maravillado por mis ojos, pero la madre lo acalló y lo escondió tras ella. Fue miedo lo que vi en su mirada. Unos cuantos puestos habían cerrado, mi sola presencia parecía ahuyentar el usual hambre de negocios de los mercaderes. El silencio se instaló en el pueblo como un pesado manto, y la calle se fue vaciando progresivamente. Solo los vendedores más osados se mantuvieron al frente de sus puestos. Me dirigí a un hombre que caminaba con bulla a una distancia significativa de mí.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no hay nadie? —le pregunté de forma elocuente, aún sabiendo la respuesta.

El hombre pegó un respingo y volvió la cabeza en sentido contrario, como si el hecho de no mirarme fuera a hacerme menos peligrosa. Aceleró el paso y se perdió al girar en una esquina que conducía a una calle menor. Me encogí de hombros, aunque en el fondo todo aquello me inquietaba. No comprendía por qué todos se mostraban tan asustados. Ciertamente, mis ojos podían llegar a resultar penetrantes, como si rebuscaran en el alma de la gente. Pero yo había visto hombres y mujeres con ojos de un color azul glacial, y ellos no espantaban a los viandantes. Me aproximé a un puesto en estado deplorable. Era difícil poner la mirada sobre él durante mucho tiempo. Me obligué a acercarme, aunque tropecé con una piedra que casi me hizo caer. Un olor fétido inundó el aire, que a su vez dejó de ser una caricia para golpearme el rostro con violencia. Pensé en darme la vuelta y volver por donde había venido, pero la curiosidad me pudo. Sentía como si la propia naturaleza quisiera alejarme del puesto. Resbalé con una segunda piedra, y esta vez no fui capaz de recuperar el equilibrio. Caí de frente contra el suelo, con los brazos por delante. Mi piel no llegó a impactar con la superficie dura, sino que la tierra vino a mi encuentro. Frenó mi caída y actuó como una almohada, mullida al tacto. Por un momento me alegré de que la calle estuviera vacía. El clima adverso cesó, se tornó tranquilo y sosegado, como una turbina apagada. No me paré a analizar la situación. Reduje

rápidamente la distancia que me separaba del puesto en dos grandes zancadas. Una anciana me observaba con interés, quieta como una estatua. Tenía los brazos largos y delgados, pero no temblorosos, y estaba delgada, aunque no en exceso. Llevaba el cabello blanco y lacio recogido en un moño desaliñado, que daba la impresión de un estropajo. La mujer chascó los dedos y una lona cayó del techo, ocultándonos de miradas ajenas. Ella me contemplaba, expectante. No reaccioné mal; no me acordé ni me incomodé. Simplemente di un paso al frente, acercándome más a ella.

—Tú eres la anciana del cuentacuentos. —No era una pregunta.

La mujer asintió, las arrugas de su rostro se le marcaron más cuando sonrió, pero no habló. Se metió en la trastienda y desapareció tras la cortina que cubría la entrada a la parte trasera. Se oyó un golpe fuerte, el cascabeleo de los cachibaches al desparramarse por el suelo y un siseo. Al cabo de unos instantes, la anciana regresó con dos tazas de té. Sus manos delicadas depositaron una taza frente a mí, y la anciana se llevó la otra a la boca.

—Tus ojos son hermosos.

Esperé con paciencia a que continuara o defendiera su argumento.

La anciana comenzó a tararear una tonada que, extrañamente, me resultaba familiar. Bebí té y me senté en un taburete en una esquina. Me dolían los pies y estaba cansada.

—¿Le gustaría a usted contarme la historia del poblado perdido? —intenté sonar lo más amable y despreocupada posible, aunque una nota ácida se filtró en mi voz.

—Llámame Nani, niña.

Hablaba como las abuelas de los cuentos, esas entrañables e inofensivas abuelas. Aunque, por la casi imperceptible altanería que desprendían sus movimientos, dudaba que fuera una adorable abuelita.

Así que hablé con prudencia:

—¿Me la contarás, Nani?

La anciana asintió satisfecha, bebió un poco de té y las florituras doradas que adornaban la taza centellearon. Se aclaró la garganta antes de empezar:

—Años atrás, una gota de resplandeciente icor dorado cayó del cielo, y se hundió en un lago en el bosque de Lin. —Nani gesticulaba a la vez que narraba la historia con entusiasmo—. Al principio, nadie osaba acercarse, temerosos de los poderes que contenía. Así transcurrieron los siglos, quizá milenios. La magia que albergaba la sangre dorada de los dioses se fue acumulando, alimentándose de la tierra como las plantas que crecen en los prados.

Un día, dos niños jugaban en la zona, chillaban entre los árboles y escalaban las rocas que rodeaban el lago. Eran dos hermanos, Lei y Lani. Lei, un chico risueño, tropezó y cayó al lago. Lani, que era la mayor, mantuvo la calma y le alargó una rama para que se aupase. Pero Lei pesaba demasiado, y Lani también se sumergió. Ya que estaban empapados, decidieron quedarse en el lago nadando y chapoteando. El tiempo se esfumó con rapidez y, cuando llegó la noche con su abanico de plata, se dispusieron a volver a casa. En mitad del camino los asaltó un lobo. Este se colocó frente a los hermanos y aulló con fuerza. El animal salvaje abrió las fauces y atacó. Se lanzó contra Lei, que alzó los brazos en un intento desesperado. Una llamarada salió disparada de ellos, quemando al lobo en el hocico. Los hermanos suspiraron aliviados. Pero se percataron de que el fuego se propagaba con velocidad entre los árboles, e intentaron apagarlo arrojándole arena. Las llamas no se atenuaron, sino que se engrandecieron. Lani deseó que el lago fuera a su encuentro, y así sucedió. El agua extinguió el fuego, movida por las órdenes de la chica. Los niños regresaron al pueblo, pero los expulsaron a voz en grito, acusándolos de brujería. Se vieron obligados a fundar su propio pueblo en medio del bosque, donde a lo largo de los años se fueron instalando aquellos lo suficientemente valientes o torpes como para bañarse en el lago.

El silencio se sintió espeso en comparación con la voz de Nani, que ahora me miraba con expectación.

Me terminé el té. Incliné la cabeza un poco, pensativa. No conocía la respuesta correcta, no sabía siquiera cuál era la pregunta. Alcé la vista, que había fijado en el suelo a mis pies, y lo que vi me impactó. La anciana, que había tenido los ojos oscuros, me clavaba una mirada de oro y lapislázuli. Sus ojos habían mutado, áureos con motas azules.

Nani asintió, ya me había acostumbrado a ese movimiento característico suyo.

—Eres una de los nuestros —dijo con total convicción.

No entendía nada, absolutamente nada.

Me revolví en mi asiento, inquieta, e intenté encajar las piezas del rompecabezas, aunque no le viese sentido alguno.

—Soy una Leilani. —Estaba empoderada, no cabía duda. Levantó la barbilla, altiva, retándome—. Y tú también.

El humo dulce que desprendía el incienso era agradable, me ayudaba a concentrarme mientras buscaba información en los dos gruesos tomos. Abrí *Geografía del bosque de Lin* por la página en la que se hallaba el viejo mapa hecho a mano. Otra letra había cambiado, había pasado de ser negra a estar escrita en tinta verde. Nani me había contado muchas cosas, algunas no había terminado de asimilarlas por completo. No había mencionado el libro, pero aquella tarde resolví el enigma. Lo primero que había manipulado era el fuego, rojo como la primera letra de color. Después llegó el aire, en el campo de amapolas, celeste al igual que la segunda letra. Había manipulado la tierra en mi encuentro con Nani, lo que había teñido de color esmeralda la siguiente letra. Y esa misma tarde, la última se había tornado azul oscuro, al dominar el agua. Ya podía leer lo que estaba escrito sobre el dibujo del centro del bosque: *Leilani*.

La anciana me había contado que mi madre, a la que yo no llegué a conocer, posiblemente fuera una leilani, de ahí que yo hubiese heredado tanto los poderes como los inusuales ojos refulgentes. Al llegar a casa decidí no contarle nada a mi padre, ya que creía firmemente que nunca había sido consciente de la situación de mi madre. No le pregunté cómo había sabido lo que sucedería si mostraba mis ojos, no quería descubrirlo. Dejé de estudiar el libro porque ya había encontrado las respuestas que tanto ansiaba. En cambio, comencé a otear el segundo tomo, que se titulaba *Criaturas sobrenaturales*. El volumen estaba compuesto por docenas de mitos muy variados, poblados por diversas criaturas, tanto de pesadilla como de ensueño. El índice estaba plagado de seres que nunca había oído mencionar: sirenas, furias, minotauros, un monstruo

llamado Escila, Caribdis, cíclopes... Leí la mitad de los relatos antes de que se pusiera el sol. Cuando la luna se alzó en el cielo, subí a mi cuarto y seguí con mi tarea, alumbrada por una pequeña llama que salía de las puntas de mis dedos. Los párpados me pesaban y la energía me abandonaba poco a poco. Me quedé dormida, con el libro en el regazo y la nariz rozando las hojas amarillentas.

Soñé con todos los datos que Nani me había contado. Se volvió a repetir el sueño del muro en mitad del bosque, que la anciana me había contado que era la barrera que protegía Leilani. Soñé con el lago, la gota de icor y los niños tropezando y cayendo. Los vi envejecer, como Lei moría en su lecho, rodeado de los que más amaba, sus hijos y su hermana. Curiosamente, Laní no aparentaba vejez, seguía teniendo el aspecto de una muchacha en la flor de la vida. La vida en el pueblo seguía, y la joven gobernaba con mano firme pero con justicia. Entonces una mujer, no tendría más de veinte años, saltó el muro y huyó del bosque. No supe qué le pasó. El escenario, que hasta ese momento era un revoltijo de diferentes historias y pensamientos, cambió drásticamente. Era yo la que paseaba por el pueblo. Mi vestido ligero ondeaba suavemente y yo me sentía feliz. No llevaba capucha ni nada que me ocultase, era libre tras mucho tiempo de esconderme. La gente se alejaba de mí, esquivaba mi mirada y se escondía. Mi percepción cambió, ya no veía a través de mis ojos, sino la perspectiva de un hombre que caminaba lo más lejos posible de mí. Lo que vi me asustó, más de lo que reconocería. Una chica se acercó a mí. Tenía el cabello negro como el ébano, y unas facciones delicadas, pero no era normal. Dos profundas cavidades sin fondo sustituían sus ojos. Yo intenté huir, pero ella no hacía más que seguirme, tal vez no comprendía mi temor. Giré en una esquina y me perdí por una callejuela. Suspiré, aliviada. Mi mente regresó a mi cuerpo. Me dirigí al puesto de Nani. Mientras recorría la distancia que me separaba de él, pisé un charco. Bajé la vista y la clavé en mi reflejo. Dos profundos vacíos ocupaban la parte superior de mi rostro. Grité y grité, y las cuerdas vocales se me desgarraron, la garganta se me puso en carne viva, pero no era capaz de producir un sonido que rivalizara con el horror que sentía.

Me desperté sudando, asustada y confusa. Bebí un trago de agua y me tranquilicé. El corazón volvió a latir a un ritmo estable y dejé de arder. Invoqué una pequeña cantidad de aire para que me abanicara el rostro acalorado. Solo entonces comprendí lo que había visto. Aquella muchacha de ojos vacíos era yo. Así era como me veían los demás, por eso corrían en dirección contraria cuando se topaban conmigo.

Nani me esperaba apoyada en la mesa de roble que hacía las funciones de mostrador.

—Has tardado más de lo que creía en venir, niña.

—Aike —la corregí—. Me llamo Aike.

La anciana asintió, siempre meditabunda:

—Has visto la verdad —sentenció. No era una pregunta y no lo negué.

—Ya sabes cómo nos ven los no tocados por los dioses.

Le relaté mi sueño y ella me escuchó pacientemente. Su rostro se ensombreció cuando le conté que Lani no envejecía, al contrario que su hermano.

—Tienes el don —murmuró. La miré sin comprender.

Me explicó que mis sueños, tan extraños como eran, no solo eran maquinaciones de mi subconsciente, sino hilos de destino que mi mente captaba y me transmitía a modo de sueños proféticos. Proféticos. Si no supiera hasta qué punto eran reales mis sueños no me lo creería, pero aquello encajaba a la perfección con lo que los mitos que había leído describían acerca de las pitonisas de los antiguos oráculos.

—Entonces, ¿soy algo así como una pitonisa?

—Jamás oses compararte con las sagradas videntes —me regañó con la voz alzada—. Ellas son poseídas por los dioses que las bendicen, tú solo filtras pequeñas cantidades de información que robas sin percartarte.

Me apresuré a disculparme. Recordé que la noche anterior no había sido la primera vez en la que había tenido un sueño profético. Le narré a Nani la visión del muro y mi caída.

—Aún no estás preparada, pero yo te enseñaré para que lo logres escalar en un futuro.

Las palabras me abandonaron y un eterno sentimiento de gratitud inundó mi pecho. Al final me limité a un simple:

—Gracias. —Mi voz transmitió todo lo que mis palabras no hicieron. La anciana asintió, antes de despacharme con un gesto.

—Empezamos mañana.

Los siguientes días fueron agotadores. Por las mañanas, Nani me llevaba al bosque, donde practicaba mis poderes y aprendía a escuchar la naturaleza. Por las tardes, devoraba todos los volúmenes que poseía relacionados con mitos, poderes y el bosque de Lin. Solo cuando mi padre regresaba de la forja, descansaba. Me sentaba en un sillón áspero y lo observaba dormir. Me gustaba admirar sus dedos callosos de tanto trabajo, reposando sobre su vientre, cómo su pecho subía y bajaba, y la pequeña sonrisa de tranquilidad que curvaba sus labios. No era algo nuevo, pero ahora pasaba más tiempo que antes guardando su sueño. Según mis poderes iban en aumento y la posibilidad de escalar el muro era cada vez mayor, me planteaba con más frecuencia una cuestión inquietante. Si me marchaba, ¿qué sería de mi padre? ¿Se quedaría aquí, solo en esta casa? ¿Se iría a vivir al pueblo? No tenía respuestas, y eso me iba quitando horas de sueño. Llegó un punto en que mis ojos se habituaron a tener ojeras permanentes. Mi nerviosismo no me pasaba factura únicamente en eso, sino que en mis entrenos con Nani la fatiga se hacía patente. Estaba desesperada, mi vida iba a un ritmo frenético que yo no podía seguir, y no parecía que fuera a detenerse pronto.

Aquella tarde hacía fresco, no lo suficiente como para abrigarse, pero sí para vestir una túnica más gruesa de lo normal. Nani se había sentado sobre una piedra bastante lisa, y me urgía a que lanzara una bola de fuego tras otra. Mi visión se fue emborronando. Me pareció que los árboles que eran el foco de mi ataque suplicaban; sus ramas, dos brazos que terminaban con las palmas de las manos juntas sobre el pecho. Empecé a jadear con fuerza, aunque no cesé el fuego que brotaba de las puntas de mis dedos. Lancé una llamarada tras otra, chamuscando un tronco ya quemado. El sudor se acumulaba en mi frente y fluía por mi cuello como el cauce de un río desbordado. Me imaginaba a la perfección la mancha encima del pecho, la túnica empapada.

—Para. —La voz de Nani me sacó de mi ensimismamiento. No sonó prepotente como otras veces, simplemente severa y quizá un poco altiva.

Dejé de conjurar el fuego, y no solo obedecí a la anciana, también a mi cuerpo que gritaba de felicidad ante el parón. Dejé caer los brazos a los lados de mi cuerpo dolorido, los hombros se me habían agarrutado y estaba convencida de que pronto tendría una contractura en el cuello. Tenía el estómago revuelto, era como un mar repleto de olas que se estrellaban contra los acantilados sin cesar. Nani alzó las manos y un hilo de agua flotó desde un río cercano. Apenas me había percatado cuando me lo arrojó encima. Siseé, molesta, aunque no me digné a pedirle explicaciones.

—Te estabas sobrecalentando —me contó, como si tal cosa—, y eso no es bueno. Estás agotada. ¿Qué te pasa? Últimamente no rindes lo suficiente.

Gruñí, pero guardé la contestación arrogante para mis adentros. En su lugar me limité a decirle:

—Cada vez son más duros los entrenos.

Me di media vuelta y me dispuse a lanzar otra llamarada, que nunca llegó a salir de mis manos, ya que la anciana se había puesto en pie y obstaculizaba mi camino. Me eché a un lado y apunté a otro árbol. Ella hizo un gesto rígido con la muñeca, un giro de trescientos sesenta grados que habría jurado imposible, y no fui capaz de invocar el fuego. Me quedé sin habla, pero lo intenté de nuevo. Una creciente sensación de asfixia se había instalado en la boca de mi estómago, me sentía como si tuviese una cuerda atándome el cuello. Balbuceé una disculpa incomprensible y Nani, con una inmensa sonrisa de satisfacción abarcándole el rostro de un extremo a otro, bajó la mano y volvió a sentarse en su piedra con andares soberbios.

—Eso también te lo enseñaré cuando llegue el momento. —Se movía con la gracia propia de un gato y era igual de presuntuosa—. No me mientas, niña. —Le lancé una mirada afilada y casi con esfuerzo pronunció mi nombre—. Aike.

Su mirada inquisitiva pesaba sobre mí y al final cedí.

—No duermo bien desde hace un tiempo. —Nani me hizo una señal para que continuara—. Me preocupa mi padre.

La anciana asintió, como de costumbre.

—Temes tener que dejarlo si escalas el muro. —Esta vez fui yo la que asintió.

—Ciertamente, no lo podrás llevar junto a ti al poblado Leilani. —Se me cayó el alma a los pies al escuchar aquello—. De todas maneras, no te preocupes por tu padre, yo cuidaré de él.

Tardé unos instantes en comprender lo que me ofrecía. Abrí y cerré la boca varias veces, como un pez fuera del agua. Pero entonces mi alegría se apagó de golpe.

—Tú no vendrás conmigo —el asombro se hizo patente en mi voz; apenas fui capaz de contener la nota de ansiedad que se me escapó.

—Así es. Ahora vuelve a practicar el fuego, luego pasaremos al agua.

Estuvimos largo rato allí. Yo manipulaba mis poderes y Nani me observaba con perspicacia desde su asiento, sin restricciones a la hora de criticar mi habilidad.

Más tarde, cuando ya regresábamos, la anciana se explicó. Me contó que ella no debía ir al poblado del bosque. La curiosidad me pudo, y le pregunté el motivo. Ella simplemente se limitó a decir que no debía volver, había perdido algo querido por culpa de sus gentes y no deseaba volver a pisar el poblado Leilani. Así que se quedaría con mi padre. Me contuve antes de decirle lo evidente. Nani era mucho mayor que mi padre, y probablemente muriese en menos de dos décadas.

—Gracias —le dije, y me despedí de ella.

Hacía varios días que había dejado de cubrirme el rostro en público. Tenía sus ventajas que la gente huyera de mí. No hacía falta hacer cola, ni esquivar niños sonrientes. Ya había dominado a la perfección los cuatro elementos y Nani había comenzado a enseñarme el arte de las pócimas. Por eso frecuentaba el mercado, siempre en busca de alguna hierba extravagante necesaria para mis brebajes. Pasaba mucho tiempo entrenando, iba a comprar y luego, cuando tenía tiempo, leía. Ningún libro contenía información que Nani no me procurase, pero me relajaba saber que todo esto era real y aquellos volúmenes eran la prueba escrita de ello. A veces lograba escabullirme pequeños ratos, en los que caminaba descalza sobre la suave hierba verde que cubría el campo de

amapolas. Amaba recolectar flores de todos los colores, celestes como el cielo, amarillas como el sol, verdes como la esmeralda y moradas como el atardecer. Era más feliz de lo que recordaba haber sido nunca. Aún así, tenía una sensación extraña. Era demasiado bueno para ser verdad, era la calma antes de la tempestad.

Aquella noche soñé algo extraño. Mi mente regresó a esa escena que tanto me había sorprendido. Lei en su lecho de muerte, Lani junto a él, aunque con la tez suave e iluminada como la de una muchacha. Mi conciencia divagó hasta introducirse en la cabeza de la hermana. Retrocedí en el tiempo, los recuerdos se sucedían uno tras otro entre borrones. Lani se encontraba junto a su hermano, pero discutían y la tensión era palpable.

—No puedes dejar que vengan todos aquí, ellos nos echaron una vez y ahora tú piensas acogerlos —le gritó ella.

Lei negó con la cabeza y salió de la habitación sin mirar atrás.

La escena cambió. Ya no me hallaba bajo techo, si no que los árboles eran la bóveda que cubría mi cabeza. La mujer frente a mí era la misma que había discutido en la habitación, la misma que había acompañado a su hermano en su lecho de muerte y, sin embargo, su expresión ya no denotaba emoción alguna. Era concentración pura y dura lo que rezumaba mientras recogía hierbas. Los pensamientos de Lani flotaron hasta mí, me reconocían como su señora y no se oponían a mi voluntad. La hermana no quería dar hospedaje a los convertidos, no se fiaba de ellos lo más mínimo. Se guardó las plantas en el dobladillo de la túnica y se encaminó a su cuarto. Ya en la habitación, machacó y peló las hierbas, hirvió algunas y destiló los aceites que produjeron. Luego lo mezcló todo en una jarra tallada y se lo bebió. El líquido se deslizó por sus labios y recorrió su garganta hasta llegar a su estómago. Hubo una breve pausa y Lani se estremeció. Algo cambió en la estancia, un brillo sobrenatural salió despedido de su cuerpo. Cuando la luz se apagó, ella no hizo más que sonreír. La comprensión me llegó de golpe. Ya entendía como Lei había muerto siendo su hermana joven. Ella había usado una pócima para realizar un conjuro maldito. Había renunciado a su destino y se había convertido en inmortal.

Corrí por las calles vacías, no me detuve en ni una sola ocasión. Acudí al puesto de Nani, donde la anciana me esperaba con seriedad, y le conté atropelladamente mi sueño. Ella me escuchó con atención, asintiendo cada poco tiempo. La única diferencia entre su comportamiento de ahora y el de otros días fue el ligero movimiento de su pierna, tan insignificante que nadie se percataría. Pero me había entrenado para observar y luego actuar, así que callé en cuanto terminé mi narración.

—Está bien, ya es hora de que sepas la verdad.

Me incliné hacia delante para escuchar mejor, yo también estaba nerviosa.

—Yo soy Lani.

Abrí la boca aunque nunca llegué a saber si fue para gritar, preguntar o simplemente para suspirar. En ese momento, un ruido estruendoso retumbó en el pueblo. Alcé la mirada y se me heló la sangre. Mi casa estaba siendo asediada. Desde el puesto de Nani se oían los gritos que pedían muerte a la bruja. Tragué saliva con fuerza y me preparé para el combate, pero Lani me miró y asintió, esa fue la última vez que la vi hacer aquel gesto característico suyo.

Los pulmones me ardían y querían escaparse de mi pecho. Miré atrás una sola vez y la escena en la colina no me tranquilizó en absoluto. Una bola de llamas andante se desplazaba a gran velocidad, abatiendo hombres y mujeres a su paso. En breve alcanzó la cima, el fuego dejó de rodear a Lani y esta comenzó a lanzar poderosas ráfagas de viento, sus movimientos estaban colmados de vigor. Una rama crujió a mi espalda y no me detuve para comprobar si me seguían. Lo único que me permití pensar mientras huía fue que la anciana rescataría a mi padre y todo saldría bien. Nunca me había contado una mentira tan grande a mí misma. Salté ramas partidas y esquivé los gruesos troncos de los árboles, abriéndome paso entre la maleza, que parecía querer frenar mi avance. Mi respiración era el único pulso que me quedaba como guía, que me inspiraba a seguir. Pronto di con el riachuelo, que canturreaba una melodía díscola. Remonté su curso hasta hallar un claro libre de robles. Corrí hasta el muro y empecé a escalar mientras me impulsaba con todas mis fuerzas. Una mano tras otra, un recoveco para mis dedos

arriba a la izquierda, otro unos centímetros más a la derecha. No dejé que el miedo que me atenazaba se instalase por completo en mí, si algo había aprendido en esas semanas entrenando con Lani, era a no rendirse sin antes intentarlo. Lo que me pasaría si resbalaba y caía era un destino mejor que enfrentarme a la ira de los habitantes del pueblo. La culpa me reconcomía por dentro, una ola lista para arrollar mi campamento en la costa. Trepé y trepé sin descanso. Vamos, sigue, me decía. Los brazos me pesaban y me eran ajenos, los dedos me dolían y notaba los nudillos en carne viva. El viento rugió con fuerza y me tambaleé. La escena se repitió como en mi sueño; quise estabilizarme, pero solo logré agitarme más. Las fuerzas me fallaron y la energía se me agotaba. Mis manos se desprendieron del muro, dejando atrás la redondeada piedra pulida. Me preparé para el inminente golpe contra el suelo, el crujir de mis huesos al astillarse, pero ese momento nunca llegó. Invoqué a la tierra, que vino a mi encuentro y me sostuvo mientras recuperaba el equilibrio. Usé el fuego para propulsarme. De mis manos brotaron las mayores llamaradas que jamás había sido capaz de convocar. Respiré hondo, preparándome para el último esfuerzo. Me apoyé en un rescoldo y alcé mi brazo libre. La tierra tembló ligeramente mientras yo obraba el milagro que me salvaría. El río entero se elevó, me rodeó la cintura y me aupó al otro lado del muro. Aterricé con gracia, aunque con el sudor cayendo a chorros por mi espalda. Deposité el agua otra vez en su sitio y me levanté. Frente a mí se hallaba una multitud sonriente, me impactó que todos tuvieran los ojos llamativos, pintados con colores brillantes y variados. Una mujer con los iris morados con detalles plateados se acercó a mí, dando un paso al frente, y abrió los brazos. No pude contener las lágrimas que desbordaron mis ojos.

—Bienvenida a casa.

TRAZOS EN BLANCO

Duna Lomba López

Alhaurín el Grande (Málaga)

RELATO 12-14 años

I

A través del cristal, la lluvia cae a raudales, empapándolo todo, llevándose cualquier ápice de ilusión que pueda habitar en el aire.

Dentro del autobús se respira el mismo humor indolente, la misma ira, la misma apatía, las mismas miradas frías, vacías, que nadie tiene tiempo de regalar. Nadie tiene tiempo para quienes le rodean, nunca, así es la sociedad que hemos creado.

Cierro los ojos y subo el volumen de la música, procurando encerrarme dentro de mi mundo, dentro de ese sonido, dentro de cada nota. Procuro aislarme y pongo todo mi empeño en no convertirme en una más, en no ser como ellos.

Es tan difícil... Hoy en día, el mundo pesa, ahoga, te arrastra en su vaivén, quieras o no, por mucho que te resistas.

El autobús se para, las puertas se abren y yo me apresuro a bajarme antes de que se ponga en marcha de nuevo.

Me ajusto la capucha sobre el pelo húmedo y cruzo a paso rápido la carretera. Tuerzo a la izquierda, recorro la calle hasta el final y entro en el único local que tiene las luces encendidas.

Dentro, el silencio parece envolverlo todo.

Las lámparas amarillentas y su luz parpadeante, el suelo lleno de suciedad, restos de comida, bebida y quién sabe qué más, la barra completamente vacía, las copas sucias, un único y solitario camarero frotándolas con una parsimonia cargada de aburrimiento...

Conozco demasiado bien este lugar, no es la primera vez que vengo ni será la última, por muy optimista que trate de ser.

Cruzo el umbral y sonrío a Eneko, el camarero, el único ser humano con quien comparto algo más que aire y espacio-tiempo.

Él me devuelve su sonrisa de dientes amarillentos y labios agrietados, desde ese rostro afilado con barba mal afeitada y mejillas llenas de cortes.

—¿Lo de siempre?

—Sí, lo de siempre, por favor —respondo antes de sentarme en un taburete oxidado, el mismo de siempre, dejar el abrigo colgado como puedo en el perchero roto y apoyar los codos sobre la barra.

Desde el otro lado, una vitrina llena de lo que deberían ser apetitosas tapas y que no son más que mezclas homogéneas me saluda, devolviéndome mi reflejo desde ese cristal cubierto de manchas y alguna que otra grieta.

Pelo oscuro, entre liso y ondulado, flequillo, mechas ciruela cada vez más desteñidas. Ojos grandes, también oscuros, de un tono marrón indefinido; se podría decir café.

Labios gruesos, más de lo normal, pálidos, rosa palo, llenos de grietas y alguna que otra postilla que se resiste a irse.

Nariz pequeña, estrecha, cubierta de pecas, al igual que la mejillas.

No me permite ver más allá, pero sé que si siguiera bajando encontraría un cuerpo delgado, enjuto, de piel pálida y venas marcadas, envuelto en un ajustado jersey negro y unos vaqueros gastados, rotos en las rodillas. Unas Converse negras envolviendo mis pies, calcetines desaparejados y el ánimo por los suelos.

Cierro los ojos y me concedo un instante de paz, me permito dejar de torturarme.

—Aquí tienes —dice Eneko a la vez que me tiende la copa, llena hasta arriba de un líquido ambarino.

—Gracias —respondo con voz cascada antes de bebérmelo de un trago y volver a sumirme en mis pensamientos.

Saco el móvil del bolso, enchufo los auriculares y pongo música de nuevo, otra vez la misma canción. Cierro los ojos una vez más y apoyo la cabeza sobre la barra, sin importarme qué otras cosas hayan sido apoyadas o derramadas sobre ella.

Ahora mismo, nada me importa, nada.

Ni las facturas sin pagar, la compra por hacer, los cuadros sin pintar. Ni la ropa por tender, la conversación pendiente con mi madre ni las cinco llamadas perdidas de Alex.

Ahora mismo, nada de eso importa, nada.

Cierro los ojos y me encierro en mi mundo, en las pinceladas que fluyen tras mis párpados fuertemente apretados y que solo me atrevo a dar así, con las manos firmemente cerradas tras los puños del jersey.

Cuando vuelvo a abrir los ojos no sé qué hora es, pero tampoco me importa.

El bar se ha ido llenando y un Eneko frenético, muy distinto al que he encontrado yo al entrar, atiende a un cliente tras otro, vayan acompañados o solos, en parejas o en grupos, sonriendo o con los ojos enrojecidos.

Al fondo, un cúmulo de gente se agrupa en torno a lo que debería ser una pista de baile, que en realidad no es más que una bola de cristal lanzando destellos, un par de altavoces destartalados y un trozo de suelo ligeramente menos sucio que el resto.

Me estremezco, estiro los brazos y parpadeo un par de veces para asimilar que vuelvo a estar aquí, sobre el mundo, que sigue girando sin descanso.

Alzo la vista y veo que Eneko ha dejado otra copa ante mí. No dudo en verterla sobre mi ávida boca. Siento el momento exacto en que el alcohol empieza a fluir por mis venas y me despierta, me hace algo más liviana, menos consciente.

Mis preocupaciones se empequeñecen y quedan relegadas a un rincón, contenidas por esa diminuta euforia que empieza a envolverme.

Tardo tan solo unos segundos en darme cuenta de que eso no cambia nada, sigo aquí, sola, abandonada en una esquina de la barra del bar esperando algo que nunca tendrá lugar.

—¿Podría ponerme un pacharán, por favor? A poder ser con hielo.

Una voz me saca de mi ensimismamiento y me obliga a alzar la cabeza, hasta ahora apoyada sobre mis codos.

Una joven, envuelta en un vestido azul y con el cabello suelto espera a que Eneko termine de servirle su bebida.

La falda le llega justo por debajo de las rodillas, permitiendo ver unos centímetros de su piel desnuda antes de que sea cubierta por unos calcetines negros y unas Vans descoloridas.

Su cabellera, ensortijada y de un precioso color chocolate llega hasta casi su cintura, envuelta en el ajustado vestido de tonos azules que se vuelve holgado algo más abajo, a partir de la cadera.

Gira su rostro hacia mí y me permite ver unos ojos completamente negros, opacos como la obsidiana, perfilados por unas interminables pestañas azabache sin rímel alguno, unas mejillas cubiertas de pecas y unos labios de un tono bermellón que no parece ser fruto del maquillaje.

Sonríe y vuelve a mirar a Eneko, que acaba de terminar de servirle la copa y se la está tendiendo con otra sonrisa.

—Aquí tiene, señorita.

—Gracias —dice ella, y se lleva la copa a los labios, relamiéndoselos a los pocos segundos para hacer desaparecer los restos de líquido que han quedado sobre ellos.

—Y tú, ¿quién eres, qué miras? —inquiere con una sonrisa socarrona y la copa aún entre los dedos. Hasta ese momento no me doy cuenta de que no he dejado de mirarla, de que sigo perdida en sus ojos, en sus labios, en su pelo.

—¿Yo? —Suspiro—. Nadie es importante. Una más que se refugia de la lluvia en un vaso de alcohol.

—Entonces estamos en las mismas. —Sonríe, dando un par de pasos en mi dirección y acortando la distancia que nos separa.

Me muerdo el labio inferior y me doy cuenta de que yo también sonrío.

¿Hace cuánto que no sonreía así, de verdad? ¿Que no podía contener la curvatura de mis labios y sentía cómo se tensaban con voluntad propia?

—Te propongo algo.

Suelta su vaso y se endereza, permitiéndome ver una vez más la perfección de su cuerpo, la elegancia de sus curvas, el equilibrio en sus rasgos.

Parece una escultura griega, digna de alabanza, con esos bucles cayendo por su espalda y esa mirada impenetrable que me deshace por dentro.

—El qué, di.

—Bailemos, baila conmigo. Puesto que no tenemos nada mejor que hacer... —Y me tiende una mano, de dedos largos y estilizados acabados en unas uñas sin pintar, puntiagudas.

Niego con la cabeza y resoplo. No sé bailar, nunca se me ha dado bien, y la mera idea de hacer el ridículo delante de ella me hace revolverse y querer dar un paso atrás. Y sin embargo... una inocente ilusión brota en la boca de mi estómago y me impulsa a ponerme en pie y aceptar su mano.

—¿Por qué no?

Las dos sonreímos y me arrastra hasta esa marea de cuerpos que se mueven, “bailan” y se ríen, dejándose llevar por el alcohol en las venas y la euforia en el aire.

En lugar de unirse a esa danza frenética y vacía en la que el resto del mundo participa, me sorprende entrelazando sus dedos con los míos y colocando su otra mano sobre mi cintura.

Comienza a desplazarse de un lado a otro con un vaivén lento, pausado, moviendo sus pies con absoluta delicadeza e indicando a los míos qué pasos seguir.

Debemos de resultar una pareja peculiar, casi cómica.

Ella, con sus rizos impecables y su vestido azul; yo, con mis mechas color ciruela y mis vaqueros gastados.

Cierro los ojos y me dejo llevar, me dejo arrastrar por ella y su mano sobre mi cintura, su voz tarareando una canción que nadie más escucha y me olvido de que el mundo existe ahí fuera, de que tengo facturas por pagar, una conversación pendiente con mi madre y cuadros por pintar.

Me dejo llevar y me olvido de que fuera aún llueve.

II

La luz del sol se cuela con timidez a través de mi ventana, dibujando un sinfín de matices y formas indeterminadas tras mis párpados cerrados. La suavidad de las mantas me cubre el cuerpo, y esa bruma con que envuelven a una los sueños en el crepúsculo comienza a disiparse.

Los recuerdos de la noche anterior comienzan a aflorar en mi mente, enredados y caóticos, en completo desorden cronológico.

Recuerdo la lluvia, la sonrisa de Eneko, las dos, tres o cuatro copas que bebí. Recuerdo la gente, el ruido, mi rincón solitario. Recuerdo a esa chica, su mirada insondable, el baile que compartimos.

Abro los ojos de golpe y me incorporo en la cama, con el corazón bombeando sangre en mi pecho, el latido en mis oídos.

¿Fue real, realmente ocurrió? ¿Esa chica apareció anoche mientras ahogaba mis inseguridades en un vaso de licor o fue producto del alcohol?

Vuelvo a cerrar los ojos y rememoro cada palabra de la conversación, su cuerpo perfecto, su cabellera de chocolate fundido, su mano en mi cintura, su voz susurrando, nuestros pies moviéndose al compás. Fue real, tuvo que serlo. No puede ser un sueño, no lo recordaría con tal exactitud.

Me levanto y empiezo a dar vueltas por la habitación, camino de un lado a otro, sin pausa, con prisa, esquivando los montones de ropa y los papeles esparcidos en completo caos, procurando no pisar los objetos punzantes ni tropezarme con mis propios pies.

Me paro delante del espejo y me acerco, me observo.

Mi aspecto es el mismo de siempre; cabellera oscura entre lisa y ondulada cayendo sobre mis hombros, ojos marrones, labios gruesos y cuerpo enjuto, de piel pálida y extremidades desgarbadas.

Nada en mí me indica que eso ocurriera de verdad y no fuese fruto de mi imaginación, y sin embargo... los recuerdos se clavan con firmeza en mi conciencia, me apuñalan una y otra vez, se niegan a irse.

Dirijo la vista hacia un rincón y tomo aire, despacio, muy despacio. Aún con el latido en los oídos, me acerco paso a paso. Tiemblo. Cojo con sumo cuidado la caja de pinturas, un puñado de pinceles y selecciono un lienzo. Tiemblo.

Retiro del caballete el sinfín de prendas que lo cubren y despacio, casi con mimo, coloco el lienzo sobre él.

Abro la caja de pinturas y agarro un pincel. Mis dedos se vuelven blancos de tanto apretarlo, la madera resiste mi agarre sin apenas tambalearse.

Con sumo cuidado, mojo el pincel en el agua y lo sostengo unos segundos en el aire antes de, con la duda mordiéndome las entrañas, decidirme por el color azul.

Cierro los ojos, los abro y poso el pincel sobre el lienzo, rompo la blancura, rompo esa línea. Aprieto los labios y empiezo a pintar.

La luz que antes iluminaba con modestia y escasa intensidad ahora entra a raudales y permite ver flotando en el aire la infinidad de diminutas motas de polvo que lo cubren todo.

Me aparto el cabello de la frente, me seco el sudor de la nuca y retrocedo unos pasos.

Conteniendo la respiración, observo el lienzo que hace unas horas estaba en blanco y que ahora muestra la imagen de una joven, de sonrisa innegablemente atractiva, ojos negros y cabellera ensortijada, de un tono chocolate. Su cuerpo esbelto, envuelto en un vestido ajustado con un sin fin de matices azules, sobre un fondo negruzco tapizado de estrellas.

Me muerdo el labio inferior hasta casi hacerlo sangrar y me acerco, vuelvo a alejarme, vuelvo a acercarme.

No puede ser, no es posible, no es real. Lo he hecho, he vuelto a hacerlo.

Sonríó entre lágrimas y me abrazo a mí misma, sin poder contener el gozo que me envuelve por haber sido capaz, haber vuelto a pintar.

III

La luz de la luna atraviesa el cristal y me acaricia las pupilas, bañando mis mejillas de plata mientras yo solo tengo ojos para el lienzo que tengo delante, el cisne que se mira reflejado en el lago y tan solo ve una pluma.

Añado una capa más de blanco, un par de pinceladas algo más claras, otro par más oscuras... me aparto el pelo de la frente y me alejo para observar el resultado, el conjunto de trazos casuales pero colocados al detalle que dan vida a una historia que hasta ahora tan solo yo he sido capaz de ver.

Sonríó con cansancio y me froto las sienes, cargadas de sudor y ruido. Había olvidado la huella que deja en el cuerpo tantas horas sin soltar el pincel.

Entre suspiros y reflexiones voy a la cocina, saco una taza y enciendo el fuego. Es curiosa la necesidad presente en el ser humano, lo ciego que es en tantas ocasiones y su incapacidad para valorar las cosas que tiene hasta que las pierde, ese inconformismo constante.

Aunque en ocasiones es al revés, matizo mientras vierto el líquido oscuro, marrón casi negro, en la taza que he sacado. Hay veces que no nos damos cuenta de lo mucho que necesitamos algo, de lo mucho que lo hemos añorado hasta que regresa, hasta que volvemos a encontrarlo.

Vuelvo a sonreír y me asomo a la ventana, desde donde la luna sigue observándome con nostalgia, como si estuviera de acuerdo conmigo y le apenase que ahora también yo fuese partícipe de esa verdad.

Bebo un trago y el café ardiente me resbala por la garganta, se desliza a través de mi esófago y me empapa por dentro, me tibia los nervios.

Vuelvo a mi habitación, a esos cinco metros cuadrados ahora cubiertos de cuadros y lienzos coloreados, historias contadas sin palabras.

Pintar es una de esas cosas de las que no se es consciente de cuánto lo necesitas hasta que vuelves a hacerlo y te das cuenta de todos los trazos que te has guardado dentro.

Observo a la pareja de petirrojos, los pies en la arena, la gota suspendida antes de caer. El nenúfar flotando en el estanque, el sol bañándose en el océano, la pestaña cayendo entre la lluvia. Sigo por las manos entrelazadas, la sonrisa taimada, la espalda desnuda. Y ella... ella por todas partes. Completamente de frente, sonriendo. Con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Los puños apretados, los ojos cerrados y el cuerpo encorvado. La cabeza inclinada hacia atrás, los brazos abiertos y una sonrisa en los labios.

No la he vuelto a ver y, sin embargo, no puedo dejar de pensar en ella. Cada vez que cojo un pincel, cada vez que pinto... ahí está, su cabellera chocolate, sus ojos negros, su vestido azul, sus labios rojos. Sus pestañas azabache, su voz dulce. Se niega a presentarse, y sin embargo, yo me niego a olvidarla. Vuelvo a pintar, sí, pero ella no está, no aparece. A veces hasta dudo si fue real o solo un sueño, una vaga aparición. La veo en cada mirada, cada chica de pelo rizado, cada persona vestida de azul. La veo por todas partes, y sin embargo, nunca es ella.

Me termino el café de un trago, me quito el vestido y me meto en la cama, me tapo.

Creo ver sus ojos en la oscuridad, sus pupilas incandescentes y su sonrisa traviesa. Sonríó yo también y un par de lágrimas se aventuran por mis mejillas sin mi permiso. Me las seco a toda prisa como si alguien fuese a darse cuenta de que están ahí y me doy la vuelta en la cama, me vuelvo a girar. Alzo la vista a la ventana y siento la mirada de la luna posada en mí, como si fuese conocedora de mi desgracia, sabedora de mis penas y me compadeciese. Me acuna la mejilla con ternura y me introduce en el mundo de los sueños, siempre vigilante, siempre atenta.

—Venga, ven, es sencillo, no tengas miedo —su voz, una caricia juguetona, me invita con tono tentador a acercarme, tomar la mano que me ofrece y caminar a su lado. El vacío que oscila bajo sus pies me hace dudar, morderme el labio inferior y dar un paso atrás, abrazarme a mí misma y negar con la cabeza.

—No... no puedo. Caeré.

—No lo harás, ven sin miedo. Es tan solo... un paso detrás de otro, así. —Sus pies se deslizan hábiles sobre el amasijo de cuerdas y tablas destartaladas, su figura grácil se entrelaza con el viento embravecido, su cabello se desordena, su vestido ondea.

Vuelvo a negar con la cabeza, alejándome un paso más y ella se acerca a mí.

—Estoy aquí, contigo, ¿qué podría ocurrirte? —insiste acercándose aún más a mí y volviendo a ofrecermme su mano.

Tras unos segundos de duda, la acepto y comienzo a seguirla, me dejo arrastrar y me encuentro devorada por la corriente, mi firmeza se va volando y mis inseguridades golpean con más fuerza.

—No... no puedo —murmuro en voz baja, casi inaudible.

—No es verdad, sí que puedes.

Ella tira de mí, más fuerte, me insta a avanzar más rápido, y yo procuro no tropezar. Mi corazón bombea sangre directamente en mis oídos, parece querer salirse de mi pecho, mis manos palpitan, mis sienes tiemblan; todo mi cuerpo lo hace.

Sigo avanzando, tratando de seguirle el ritmo, de no perderla... hasta que mi pie resbala y quedo colgando sobre el vacío, tan solo sostenida por sus gráciles dedos.

Mis tripas caen, mi esencia se diluye, mis convicciones escapan, mi razón desaparece.

—A...ayúdame, prometiste hacerlo, por favor —tartamudeo, entre jadeos y con la voz entrecortada.

— A veces, dejarse llevar es el único camino.

Esboza una sonrisa triste, como si realmente le apenara, y me suelta. Caigo al vacío.

IV

Me incorporo en la cama y abro los ojos de golpe, con el corazón palpitándome en las sienes, la respiración deshecha en jadeos y los ojos bañados en lágrimas.

Me tiento los brazos, me palpo, toco las mantas una y otra vez hasta asegurarme de que estoy aquí, es real, todo ha sido un sueño.

Y sin embargo, parecía tan real... Su sonrisa era la misma que la de aquella noche, su cabello chocolate, del mismo tono. Mi cuerpo cayendo igual que una cascada, su mano soltando la mía como un puñal helado.

Vuelvo a cubrirme con las mantas y en apenas segundos las aparto y me pongo en pie. Retomo mi ya acostumbrado vaivén por la habitación, esa ida y venida incesante.

Me detengo ante el caballete, cambio el lienzo, tomo un pincel y lo empapo en agua, tomo un poco de pigmento y comienzo a pintar.

No, pintar no, quizá sería más correcto decir que comienzo a escupir trazos sobre el papel, una pincelada tras otra sin ningún tipo de pauta, sentido o armonía.

Deslizo el pincel sobre la superficie una y otra vez hasta que no queda ni un espacio en blanco. Me aparto, lo examino con atención y frunzo el ceño.

No, no me cuadra, no está bien, no es eso. Lo descarto y tomo otro del montón.

De nuevo vomito una pincelada tras otra, sin orden ni concierto, sin sonoridad alguna, sin cuidado. Al acabarlo me tomo unos segundos para analizarlo y también lo desecho. Elijo otro y empiezo de nuevo, una vez más el mismo proceso, una vez más cubro el papel de pintura y en apenas segundos lo dejo a un lado.

Repito el proceso dos, tres, cinco, siete veces... la pila de papeles usados, cargados de pintura desperdiciada se acumulan en un rincón, a la par que la frustración anida en mi interior y comienza a bullir, a buscar una salida.

Cojo otro papel en blanco y pinto, pinto, pinto, brochazo, pincelada, trazo. Descarto. Otro más, trazo, pincelada, brochazo... descarto.

Descarto, descarto, descarto.

Agarro con furia el último que he pintado, lo observo unos segundos y rasgo el tejido, lo hago trizas, siento cómo mis manos se empanan de pintura.

Tomo el siguiente y, de nuevo, lo parto en mil pedazos, lo desarmo, lo desangro, permito a cada instante que la ira se apodere de mí un poco más, tome el mando, me consuma.

Cuando ya no quedan más pinturas que destrozar paro, con la respiración agitada y los ojos enrojecidos, la garganta ronca de los gritos que no soy consciente de haber dado y las manos manchadas de pintura. Los jirones de los lienzos cuelgan de los marcos astillados, como macabros cadáveres que en su día fueron seres vivos.

Contengo un sollozo y regreso a la cama, me refugio una vez más en la seguridad de las mantas y cierro los ojos, procurando olvidar, dejar atrás, cerrar puertas.

V

El despertador suena, abro los ojos y frunzo el ceño, una vez más. Vuelvo a levantarme con un pésimo humor y el cráneo palpitante una vez más esta semana.

No recuerdo exactamente qué he soñado, pero el resultado es el mismo, las imágenes se cruzan y trazan el mismo escenario una y otra vez con el mismo resultado: ella me ofrece una salida, una senda por la que huir, me convence de que puedo lograrlo y, cuando me aventuro a seguirla, me abandona a mi suerte.

Y siempre con esa maldita frase, una y otra vez: “A veces dejarse llevar es el único camino; ven a buscarme”

¿Qué coño está queriendo decirme?

Me retuerzo el pelo hasta despojar de color su raíz y me levanto, apago el despertador de un manotazo y vuelvo a tumbarme en la cama.

A los pocos segundos suena el teléfono; mi madre. Llevo tantos días envuelta en esta nebulosa irreal que había olvidado que existe un mundo ahí fuera.

Alzo la cabeza al calendario y veo que ha pasado un mes, un mes. Un mes entero pintando, encerrada en mis cuadros, en mi mundo.

Mis dedos se tambalean sobre el teléfono, dudan unos segundos y, finalmente, se deslizan hacia abajo, como siempre.

Vuelvo a dejar el móvil sobre la mesilla y me dejo caer sobre la alfombra.

Cierro los ojos y siento verla tras mis párpados, riéndose de mí, divirtiéndose a mi costa, susurrando en mis oídos una y otra vez la misma frase.

Una sonrisa irónica se dibuja en mis labios sin que pueda evitarla, más mueca que sonrisa.

Me masajeo las sienes una vez más, doloridas de todas las veces que lo he hecho a lo largo de estos días y aprieto los párpados.

Y otra vez la encuentro, carcajeándose de mí, ridiculizando mi desgracia y retándome a que vaya a buscarla.

Aprieto aún más los párpados, y aún así sigo viéndola, más cerca, más real, más malvada, más. Su risa retumba con más potencia, sus gestos resultan más grotescos, sus palabras más punzantes.

Con un gruñido de frustración me pongo en pie y me encamino hacia el rincón donde tengo acumulados los cuadros. Uno tras otro los distribuyo por la habitación con una mezcla entre parsimonia y simple ansia, con un frenetismo incansable, hasta que quedan esparcidos y puedo abarcarlos todos de un solo vistazo. Los miro, los analizo, los estudio... y tan solo soy capaz de verla a ella, por todas partes, una vez más, devorando mi mundo y tragándose mis cimientos.

Comienzo a andar en círculos, a dar vueltas, a girar sobre mí misma hasta que mis pies tropiezan y caigo y mis rodillas muerden el suelo.

Alzo la vista y mis ojos me devuelven la mirada desde el interior del espejo. Iris oscuros, de un indefinido color café que por momentos parece tornarse negro. Pestañas tupidas y espesas, acompañadas de unas mejillas estampadas en pecas y unos labios gruesos, rosa palo con reflejos rojizos. Una cabellera castaña, entre lisa y ondulada, a mechas ciruela... más bien de un tono chocolate y preciosos bucles.

Parpadeo, y cada vez que lo hago me veo distinta, aprecio un cambio, me transformo. Las dudas me corroen y mi visión se

distorsiona hasta quedar completamente nublada, ante mí nada más que vacío.

Unos ojos intensos, color obsidiana, de pupilas penetrantes y perfilados por pestañas azabache acompañan la sonrisa de sus labios bermellón.

—¿Ves? Te lo dije, era solo cuestión de dejarte llevar. Quizá ha llegado el momento de que dejes de buscar fuera lo que siempre ha estado dentro.

Su mano de dedos elegantes y gráciles me acarician la mejilla y de pronto, las piezas encajan, lo entiendo.

La siento dentro, la siento por todas partes, está en mí.

RELATO 15-17 años



SI ALGUIEN LO HUBIESE DICHO

Nazaret Delgado Palma

Palma del Río (Córdoba)

RELATO 15-17 años

Doña Otilia siempre se levantaba con el pie derecho. No porque todos sus días fueran buenos o sus piernas estuvieran fuertes y musculosas —pues, según ella, tenía más varices que los días que le quedaban en este mundo—, sino porque seguía este ritual como fruto de un trauma que le provocó la muerte de su marido, veintiún años atrás, cuando ella solo contaba con cincuenta y seis años. Por esto, nunca olvidaba su falda negra, su moño repeinado y su colgante de cruz, evidencias de su luto. Pero, por si la gente llegara a pensar que estaba deprimida o que era infeliz, vestía una camisa con flores, muy colorida. Entonces, se decidía a salir a la calle, donde daría comienzo su trabajo: no perder el hilo de todo cuanto acontece en el pueblo. Sin embargo, últimamente había comenzado a sentir que su rendimiento no era como de costumbre, por eso acudió al médico, que le diagnosticó otitis: una enfermedad a la que pondría remedio con un par de medicamentos, sin complicación alguna.

No obstante, esta no fue la versión que entendió Otilia, “la que todo oye y nada pillá”, porque su carencia auditiva le hizo escuchar que padecía bronquitis, llegando a la conclusión de que su muerte se hallaba a la vuelta de la esquina. Como consecuencia, comenzó con los preparativos para que todo se encontrara en orden cuando llegara el día en que pondría fin a su vida terrenal. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había una única cosa que se le escapaba: todos sus vecinos presenciarían su funeral menos ella. Por eso, recurrió a Ramón, con el que había mantenido una amistad desde la infancia que imposibilitaría que rechazara el plan que le iba a proponer, que consistía en organizar un falso funeral dejando un hueco en el ataúd mediante el que Otilia podría verlo todo.

Después, el enterrador la liberaría y se mantendría escondida esperando a que la supuesta enfermedad acabase con ella, pues pensaba que le quedaba poco tiempo para morir. Al principio, Ramón se negó. Él, tan prudente y cortés, que nunca había violado la ley aún cuando se le ofrecieron oportunidades mejores. Él, que solo dedicaba su vida al trabajo para que la condición de sus hijos fuera distinta a la suya, se percató de que solo podría lograr su objetivo con una suma superior de dinero, ese que doña Otilia le estaba ofreciendo y que permitió que finalmente cediera.

Qué hablada fue la noticia de su afección y qué mal se sintió al ser ella la que estaba en boca de todos, en vez de a la inversa, como era habitual. Por entonces, su única súplica al rezar y repetir tres veces el último párrafo del avemaría sin pestañear, como de costumbre, por su afanosa obsesión de eludir al Maligno, era que llegara ya el día del entierro. Ahí, según ella, se dirían cosas hermosas que ensalzarían su persona, permitiéndola marchar con el alma en calma por siempre.

Entretanto, llegó la fecha de la ceremonia. Si alguien conserva recuerdo de esa mañana es Luisa, su vecina, de cuando se acercó a su casa para velar el cadáver de Otilia, cuya muerte había sido anunciada horas antes por el enterrador. Cuando Luisa se dispuso a abrir la puerta, creyó perder la vida también ante lo que vio. Con todas las persianas bajadas y la oscuridad que simbolizaba la pérdida, sus ojos percibían otros, que la miraban, inertes desde el suelo. Confirmó su sospecha un aroma a queso fermentado, mezclado con salmón y berberechos, a los que después se les unía el de las guindillas picantes. Cortaba su respiración, como una infección que trataba de expulsar de su organismo, pero que no conseguía porque sus náuseas la iban haciendo perder precipitadamente la conciencia. Segundos más tarde, volvió en sí. La luz se acababa de encender. Cuando su vista se clareó la pudo distinguir. Ahí estaba Otilia, con una de sus mejores galas; el rímel corrido, víctima de sus lágrimas; y lo más aterrador: un bote de mayonesa en la mano, alzándolo muy alto, reuniendo todas sus fuerzas para defenderse del que acechara su casa, pues no esperaba ninguna visita el día de su fingido fallecimiento. Pero, sobre todo, viva.

Resultaba que esos acechantes ojos pertenecían a un pescado que Otilia compró días antes en el supermercado, con el objetivo de simular el olor de un cadáver. Contó a la vecina todo lo acontecido hasta el momento, con una voz quebradiza que cortaba el discurso a veces, causa del terror que había estado soslayando hasta el momento aun sin ser consciente de ello. Ahora, mientras verbalizaba los hechos, se daba cuenta de lo sola que estaba, pues no tuvo a nadie, aparte de Ramón, con quien hablar del asunto. Alguien que tratara de espantar todas las ideas de su cabeza y le demostrara que debía sacar provecho de los pocos días, horas o minutos que le quedaban, en vez de desperdiciar cada segundo preocupándose por la vida y la opinión pública. Pero ya no había remedio, Luisa quedaba obligada a ser su cómplice si no quería que la tomaran por loca al contar lo sucedido. Eso sí, bajo la condición de hacerlo mediante el disimulo y la discreción. Si de algo estaba segura, era de que no quería formar parte de más atrocidades.

La hora que se había acordado para que llegara Otilia al tanatorio fue a las tres de la tarde, tras haber sido previamente realizada una misa en la que se veló por el individuo que debía estar en el ataúd, únicamente lleno de aire y unas cuantas bolsas de arena para añadirle peso. Para cuando las personas aparecieran allí, doña Otilia debía encontrarse ya dentro del féretro. Así lo había planeado Ramón, por si a alguien, en un despiste, se le ocurría abrirlo, aunque ya se había aclarado que no estaría permitido, pues así lo había exigido Otilia en su testamento. Además, este le prometió que no se separaría de ella en ningún momento, siempre atento a que todo se mantuviese en orden. Sin embargo, unos trámites burocráticos requerían su firma para poder llevar a cabo la ceremonia, obligándolo a ausentarse durante un espacio de tiempo. Aunque fue brevísimo, para la supuesta difunta pareció una eternidad. Hacía un intenso calor que pringaba todo su cuerpo; sus extremidades, inmóviles, podrían haber jurado sentir hormigas alimentándose de las yemas de sus dedos, mordisqueando las uñas y cosquilleando sus huesos; y sus ojos solo distinguían la minúscula línea por la que entraba la claridad, además de las dos esquinas inferiores de la caja. Por esto, decidió tomar un calmante que le dejó preparado Ramón para un caso de emergencia.

Así amenizaría su espera y dormiría hasta que llegaran las cinco y media, hora en la que su amigo la portaría para dar comienzo al evento, siendo el movimiento y el bullicio de la gente los que la despertarían.

Llegado el momento, Ramón comenzó la jugada. Le espeluznaba pensar qué podría suceder en el caso de que fueran descubiertos. No obstante, el sentimiento que lo invadía era de fracaso. Recordó las caras de los padres de un niño que había sido víctima de un atragantamiento con tan solo seis años. Estos rogaron pasar unas horas más junto al cuerpo de su hijo, pero él lo impidió con el pretexto de que el reglamento no lo permitía. Sus oídos parecían escuchar también los golpes que de una mujer aporreando el féretro donde se hallaba el cuerpo de su marido mientras gritaba su nombre. Ella solo quería verlo, despedirse por última vez, pero Ramón tuvo que impedirlo porque los tanatoestéticos confirmaron que, aunque habían hecho lo posible, el cuerpo no se hallaba en condiciones de ser observado tras un atroz accidente de tráfico. Se le vino a la mente, incluso, el nombre de un anciano que se suicidó después de que le diera las cenizas de su mujer, que no quería que fuera incinerada, hecho que el enterrador no pudo evitar porque era lo que se dictaba en el testamento de la señora. Al igual que les había fallado a estas personas, había hecho lo mismo con muchas otras. Pero, en este momento, sobre todo, se había fallado a sí mismo. Nunca se perdonaría haberse negado a aquella muchedumbre mientras que sí se lo permitió a Otilia, una mujer necia, que ya había tenido muchos años de vida en los que no se le podía destacar ninguna buena aportación por la que mostrarle agradecimiento. Se podía percibir su nerviosismo, pues sus piernas se tambaleaban y se empapaba de sudor. Sin embargo, no tuvo que temerle a las sospechas ajenas, pues, entre los asistentes, se estaba formando un divertido espectáculo porque creían que la causa de esto era su evidente envejecimiento, con cincuenta y siete años, haciendo apuestas sobre quién creían que caería antes al hoyo: Ramón u Otilia. De fondo, también, se escuchaban los murmullos satíricos que poco a poco se iban acrecentando. Primero, se criticaron las flores, que se distribuían sobrecargando el ataúd como si se tratase de un monumento barroco para que no se evidenciaran los huecos. Las burlas, a

continuación, se dirigieron a los mensajes que se leían en sus coronas. La causa era que nadie conseguía averiguar quién era su autor, porque doña Otilia no tenía a su marido, hijos, amigos ni primos cercanos ni lejanos. Asimismo, llegaron a la conclusión de que, si pudo costearse todo aquello por sí misma, su herencia sería de gran envergadura, por lo que algunos afirmaban intentar, entre carcajadas, hacerse pasar al día siguiente por un pariente suyo para conseguir el dinero. Las mofas finalizaron rememorando a su persona, y es que nadie pudo recordar que doña Otilia hiciera algo digno de reconocimiento; excepto una señora, que mencionó que gracias a ella se enteró de que su marido, de noche, paseaba por la calle con otra, es decir, la propia Otilia, restregándole que había perdido a su amado, quedándose sin casa y sin dinero. Así, “envidiosa, fea, indiscreta y vaga” eran los adjetivos más recurrentes con los que a ella se referían, los cuales estaban haciendo perder los nervios a Ramón, que se atemorizaba de que después Otilia lo culpara a él con el pretexto de tener una mala organización. Pero aún podía ser mucho peor: no había contado con la posibilidad de que se levantara e hiciera ver que se mantenía con vida para avergonzar a los vecinos de sus palabras. Le murmuraba, entre súplicas, que no hiciera eso, a la vez que lo disimulaba intercalando fragmentos de oraciones, que parecían unos lamentos. Al fin y al cabo, todos sabían que, fundamentalmente en la juventud, mantuvieron una estrecha relación amistosa.

La tierra ya había sido completamente retirada, la fosa ya estaba lista. Otilia se encontraba a varios metros bajo el suelo. Ahí Ramón debía dar comienzo al momento clave con unos leves suspiros. A estos les siguieron varias lágrimas y lamentos desconcertados, mostrándose furibundo porque no se hubiese podido frenar la enfermedad de su amiga a tiempo. Cavilaba dando vueltas alrededor de todos, golpeando con su pala en el suelo, ensuciando, de esta forma, toda su vestimenta. Y, finalmente, abatido, se arrodilló y en el barro se revolcó por espacio de tres minutos. Parecía un animal rabioso al que nadie era capaz de serenar. Dado que se había hecho de noche, las risas habían desaparecido. Solo quedaba la tenue luz de la luna reflejada en el ataúd. En el cementerio solo se escuchaba el ruido del viento, que los enfriaba provocándoles

un estremecimiento, junto con el abrir y cerrar de la puerta de chapa de un mausoleo, que sonaba como las voces de unos difuntos que los invitaban al mundo de los muertos. Por esto, cuando el enterrador pidió sepultarla a solas para despedirla de una forma más íntima, nadie puso ninguna objeción y, en menos de diez minutos, el cementerio se había vaciado. Volvió Ramón a sacar el féretro del agujero él solo. Cuando ya se encontraba en un lugar seguro, desprovisto de las miradas de algunos curiosos que podían haber permanecido afuera, comenzó a desajustar los cierres de la caja, retirando paulatinamente el ornamento, temiendo cuál sería la reacción de su amiga ante las críticas. Después, lo abrió y descubrió que lo tenía todo perdido. Otilia, verdaderamente, estaba muerta. No tenía signos que dieran una explicación al suceso. Entonces, al rozar sus labios, se dio cuenta: en el escaso tiempo durante el que tuvo que ausentarse, Otilia no había permanecido sola, llegaron los maquilladores de cadáveres y, mientras ella soñaba profundamente, no se dieron cuenta de la respiración o el latido de su corazón pero sí se percataron de que no se había realizado el trabajo que Ramón pidió que quedase bajo su mano: el sellamiento de sus labios y fosas nasales. Así, Otilia se perdió el entierro, y Ramón, el cobarde y meticuloso, se convirtió en su asesino, pues fue él el único que permitió el plan.

ESTUDIO SOBRE DIOS

Felicia Gómez Fernández de Castro

La Rinconada (Sevilla)

RELATO 15-17 años

Ando buscando a Dios en las esquinas, pero creo que lo perdí en algún sueño. Y, sin embargo, mis dedos siguen recorriendo frenéticos las letras, mis manos pasan las páginas buscando la primavera porque cuando hablan de Dios hablan de palomas, y luz, y vida y ¿acaso no es eso la primavera?

He visto imágenes de Dios, pero no me parece que porte la primavera en sus manos. A veces llora, sangra y, cuando no lo hace, está rodeado de un temible halo dorado y sujeta un dedo sancionador. Imagino que por eso lo llaman Santo. El púrpura le asfixia, las espinas le duelen. Este no es el Dios que yo conozco, dejadlo libre, ¿por qué os regodeáis en su sufrimiento? ¿No os dais cuenta de que lo estáis paralizando en un eterno presente? Imagino que lo immortalizamos sufriendo porque lo vemos todos los días sonreír: hoy he visto en la estación la más bella imagen, era un tren a punto de salir. Dios estaba en el humo que echaba el motor: blanco y santo (¿cómo puede tener un tren motor, si un tren es un dragón fosilizado?). Dios estaba en las manos arrugadas que mi abuela me tendió, temblorosas, curtidas por el sol y años de trabajo que se han apilado sobre su espalda y no han vuelto a abandonarla nunca más. Dios está en el sudor que corre por mi espalda. Dios está en el arcoíris que se crea en los suelos de las gasolineras por la noche y no hay nadie más en el mundo, y sois tú, la luz débil de una farola y la Luna (que todo lo observa) y tus pisadas que resuenan por el asfalto y el silencio característico del abandono que viene con la hora de dormir.

Creo que lo que intento decir es que Dios no está atado a una cruz, Dios es la madera de la cruz. O eso me gusta pensar. Llámalo Dios, llámalo esperanza, llámale por cualquier nombre, que responde. O por

lo menos, lo hace en mis sueños, girando una cabeza que ahora mismo no puedo definir con claridad (a veces es una bestia, un dragón, un león, un flamenco), pero cuando despierto (los ángeles me han dejado caer) no lo encuentro por ningún lado. Ni a él ni a su rastro (¿he mencionado que deja un rastro tras de sí, un hilo púrpura?). Dios se ha perdido en mis sueños, y no puede salir. ¿En qué parte de mi laberíntico y retorcido cerebro se habrá visto encerrado? ¿De qué arrepentimientos y deseos estará rodeado? ¿Sabrá que si mira atentamente hacia arriba verá a la Luna marcándole el camino? La Luna siempre sabe el camino en mis sueños.

A veces pienso que la Luna tiene que ser el Espíritu Santo que no ha encontrado su camino. Está condenado a seguir buscando siempre un alma en la que anidar, pero como no hay suficiente luz, no puede ver bien si las manchas de las almas en la noche son roturas o podredumbre. Dios de verdad está en todos lados, pero no me gusta llamarle Dios, ese nombre es una caja que comienza por apresar su identidad y acaba guardando todas sus mejores partes: la bruma, las hormigas, la tierra mojada, los espejismos en los días de calor, todo eso es Dios.

Por eso pienso que Dios debe de estar en alguna esquina. Dios debe estar en las esquinas porque está hecho del mismo material del que las esquinas están hechas: ácido, y metal, y la mente humana. Pero lo que yo ando buscando (y acabo llamando Dios como último y desesperado recurso de asir algo que está en la palma de mi mano y aun así es demasiado ligero como para agarrar sus alas) no está hecho de esquinas ni de bordes afilados porque no me quiere cortar, no quiere ver mi sangre correr. Dios corta, Dios araña, su sonrisa ladeada es cruel y antagonica y esos son los cortes que más duelen porque no te das cuenta de que estás sangrando hasta que tu dedo gotea lentamente. Y cómo brilla la sangre cuando el sol atraviesa las gotas, y cómo sabe a metal duro y frío, ajeno a tu cuerpo, como si nunca hubiera pertenecido a tus venas. Por eso veo que ese nombre no es apropiado para sus bordes de tul y gasa. No, a quien yo conozco como Dios jamás habría querido ver mi sangre tocar la tierra, ver las flores que de ella naciera y llamarlas belleza (y lo son, nadie lo puede negar). Lo que yo ando buscando me abraza, es un hilo

que me envuelve, que envuelve a las pequeñas hierbas del pavimento. Llámalo música, llámalo un árbol, llámalo lo que quieras, que responde. Responde a su manera: suave y sutil, solo para orejas muy abiertas (por eso es bueno tenerlas separadas de la cabeza).

Jesús es un nombre más adecuado, más saboreado por todas las lenguas, más cerca de las manos de un bebé, de las pisadas de un adolescente. Jesús se amolda al paladar como Dios no es capaz de hacerlo. Incluso aceptaría *diOs* como opción válida porque esa o es un abrazo, una canción redonda que te acuna hasta llegar al mismo lado. Puede que a *diOs* lo llegue a conocer si me meto bajo las venas de la historia y de la tierra y de los muertos y de las tumbas. Pero no estoy preparada para tanto polvo, todavía no, porque tengo que ver muchas cosas más en el mundo y eso me dejaría ciega. Sin embargo, siento que a Jesús y sus ojos de verdad lo conozco. Las manos sucias, el pelo largo, una madre. Todo eso tiene los mismos bordes de tul que *diOs*. Así que de momento solo puedo pensar que conozco a Dios *diOs diOs*.

Pero tal vez no conozco a nadie, tal vez Dios no sea alguien a quien conocer, tal vez sea algo. Algo divino seguramente, pero ¿qué es lo divino? A veces pienso que lo divino está en las cosas muy grandes: una pisada de elefante debe esconder una armonía de perfección, el vuelo de una libélula, una secuoya que intenta alcanzar el cielo (¿será ella un ángel caído a la que en vez de crecerle alas le crecieron raíces?). A veces pienso que lo divino es una madre.

Piénsalo. ¿Quién es Dios sin una madre? Dios sin una madre es Dios, nunca *diOs*. Puedo encontrar un resquicio de suavidad si pienso que María le confió su hijo al cielo (si busco, si busco mucho entre los cristales iridiscentes de su pena y su dolor que han moldeado las llamas de su furia), eso me da una esperanza: un rayo de sol que se filtra por una nube de tormenta oscura, ominosa de plagas. Y solo puedo pensar que Dios no es alguien, porque si fuera alguien María habría lanzado sus espinas hacia el cielo esperando que, si no caen en él, cayesen en ella. Así que Dios debe ser algo, un edredón limpio, una gota de rocío, una mandarina compartida. El pitido blanco de la paz que viene con la muerte, la calma tras la tormenta.

Y no es un hombre con barba, largas barbas blancas (eso es un retrato cubista del Algo que es Dios), de hecho, creo que en esa figura se escapan pequeños hilos, lo que es Dios se deshilacha lentamente con cada pisotón que da, cada vuelta de túnica. ¿Se sentirá mal Dios cuando mire todos sus cuadros y no vea su cara en ninguno? Creo que el pintor favorito de Dios debe ser Edward Hopper porque ahí está el crepúsculo, que otros llaman soledad, que otros llaman tristeza. No, Dios es definitivamente Jackson Pollock porque ahí está el alma, escondida bajo esas rendijas de habla y movimiento (¿tanto se mueve Dios?) Dios es, sin duda ninguna, Georgia O'Keeffe, solo mira la respiración pausada, la vida. ¿De verdad puede ser Dios una sola cosa? Parece imposible que la divinidad no esté en los cielos de Van Gogh, ni las olas de Sorolla, ni siquiera susurrado en una de las danzas titubeantes de Debussy.

Pero al final, no importa cuánto busque a Dios en un solo lugar porque es imposible pensar que Dios puede ser solo un trazo del pincel de Van Gogh. Y es imposible pensar que Dios no es la huella de una hormiga. ¿Qué es Dios? ¿Lleva una seta en su bolsillo a la que va pegándole bocados? Es una gota de agua, es un océano, es una enagua almidonada, es un terabyte de almacenamiento.

A veces he llegado a pensar que Dios es la naturaleza. Que en el xilema del árbol duerme la divinidad, en el trino de un pájaro se puede escuchar el evangelio (si escuchas muy atentamente alguna mañana de domingo, porque el resto de los días suelen cantar salmos). O quizás no en un árbol, pero en cómo la flor atrae a la abeja, en aquella simbiosis que solo puede ser bella. El perfume de una flor no tiene utilidad aparente. ¿No es eso el epítome de la belleza? ¿La inutilidad hecha hermosa? La luz que se filtra a través del dosel de un bosque, ¿no te recuerdan a las vidrieras de una iglesia gótica? Pero mucho más real, tangible. Si extendiendo mis dedos puedo agarrar el haz de luz y convertirlo en hilo de oro, estoy segura. Y entonces llevaré algo divino conmigo siempre, a partir de ahora la solemnidad me acompañará siempre, no solo cuando siento el impulso de la piedra sobre mi cabeza, que desea aplastarme, o la permisón soberbia de los árboles que me dejan pensar que soy uno de ellos.

Pocas veces me ha abrazado un árbol de vuelta, menos veces ha extendido Dios su mano hacia mí. Y aun así lo sigo buscando en todos lados, por todos lados, en los huecos que dejan mis dedos, mi codo al doblarse, debajo de las uñas y tras las pestañas.

Para muchos, Dios es el duelo, y lo encuentran tras los velos negros de la muerte, ya sea como rayo de esperanza o como trueno de amenaza, y se dejan ahogar en sus túnicas que susurran un único mensaje. A veces el mensaje cambia y nunca es el mismo para dos personas, pero siempre, siempre, tiene el mismo efecto.

A veces el mensaje llega en sueños. Por eso me dediqué a buscar a Dios en mis sueños (pero nunca he escuchado la dulce música de pan que guía los pasos de muchos), esperando, esperando reconocer su figura, aunque nunca la haya visto. Esperando, esperando saber lo que busco en el momento en el que encuentre la divinidad. Pero si encuentro a Dios en mi mente y, sobre todo, si lo encuentro en algún sueño, ¿cómo sabré que es él? Si estará cubierto por el hilo morado de mis expectativas, enhebrado en sus cabellos, en sus dedos, bordado con finas hebras de pensamiento. ¿Cuánto de Dios tendrá y cuánto tendrá de mí? ¿Soy yo Dios acaso? ¿He esbozado sus canas? ¿Su nariz romana? Nació de mi lápiz de artista, funambulista del sueño que bajo las voces secas de la historia y la pseudohistoria le dibujó una larga barba blanca a Dios. Y sí, Dios tiene una larga barba blanca porque Dios es las nubes de un cielo recién limpiado. Pero Dios también tiene la piel agrietada de la tierra durante la sequía, y Dios también tiene dedos largos, suaves como las ramas y hojas que se elevan al cielo, y una risa clara y alta como el tintineo de las campanas. Y en mi dibujo falta todo esto, es un Dios incompleto, dejado a medias, y por eso creo yo que no lo encuentro, porque tengo que recorrer el mundo buscando las piezas de puzle que lo conforman (aunque tengo la sospecha de que si cierro los ojos y dejo que mi lápiz me guíe y no sea yo quien mande, haré un retrato más adecuado).

Por eso he llegado a la conclusión de que Dios es el garabato que nace entre mis manos. Cuanto más feo, más gris, más ronco, más bello lo encuentro. Porque es mío, mío, mío, nacido de mi subconsciente. Como Dios es, al final, nacido de mis sueños.

RELATO 18-20 años



LA PRINCESA VESTIDA DE AZUL

María de los Ángeles Povedano Buitrago

Córdoba

RELATO 18-20 años

Amparo rezaba sistemáticamente todas las mañanas al levantarse y todas las noches antes de meterse en la cama. También lo hacía previamente a llevarse cualquier plato de comida a la boca, en agradecimiento a Dios. Pero no era un agradecimiento sincero, porque estaba repulsivamente manchado de un miedo atroz a ser castigada. Amparo creía que si no recitaba todas las oraciones, aunque lo hiciera con un tono de voz monocorde, dejando que la voz correteara por sus labios como si las palabras pudieran así huir de ser impregnadas con su significado pleno, no iría al Reino de los Cielos y que su vida en la tierra sería maldecida con desgracias.

Así, por supuesto, también iba a misa todos los domingos, vestida de punta en blanco, siempre asustada de que se le escapara algún detalle, algún hilo descosido, alguna arruga que tal vez se le había pasado planchar, alguna mancha escondida que se vería cuando su chaqueta fuera empapada por la flagrante luz de las vidrieras, algún pelo que no había sido domado por la laca que se espolvoreaba todas las mañanas. Reservaba la propina exacta que iba a depositar en la cesta en un bolsillo de su monedero para sacarlo de forma rápida y eficiente y no causar ninguna molestia ni espera.

Pero antes de cada eucaristía, por supuesto, Amparo se dirigía al confesionario. El cura debía guardar, como mínimo, un boceto en su mente de toda la vida de doña Amparo, sus misterios más velados, pero lo cierto es que era un boceto con trazos indecisos, pero sobrios, formando un grabado insípido y monocromático. Los pecados de Amparo eran prácticamente siempre deslices del pensamiento, como aquellas veces que dejaba que el olor de *croissant* de la panadería que había debajo de su

pequeño piso alimentara el espíritu de su gula. Pero nunca se dejaba pasar a la acción. Nunca, desde que tenía uso de razón, incumplió ninguno de los diez mandamientos, ni siquiera de niña. Ninguno, excepto, claro está, el número nueve: “No consentirás pensamientos ni deseos impuros”, y es que, ¿quién tenía un dominio tan fuerte como para ser capaz de enjaular las ensoñaciones que se forman en su mente?

Cuando acababa la misa de los domingos, sobre su estómago se cernía un vacío insoportable. Llegaba a casa y, sola, sumida en el desagradable silencio de un lugar en el que una vez hubo vida, dedicaba su tiempo a rezar compulsivamente o a limpiar o cocinar. A veces, llamaba a alguno de sus tres hijos, o a todos, y mantenía cortas y triviales conversaciones sobre nimiedades cotidianas; otras veces, miraba una foto de su difunto marido o iba al cementerio e intentaba hablar con él. Pero su lengua titubeaba y sus palabras se deshacían antes de ser dichas. No sabía de qué hablarle. Ni siquiera cobijada bajo la escalofriante garantía de que sería escuchada sin interrupción. Y tampoco lo supo nunca cuando estaba vivo.

Habían estado casados durante cincuenta y siete años. Y ahora, tres años después de su muerte, un parásito, que tal vez siempre estuvo ahí, recorría las entrañas de su alma, provocando un zumbido insoportable que le mantenía despierta en la penumbra nocturna. Miraba hacia atrás y se preguntaba, ¿qué han significado todos estos años? Y se evocaba a sí misma, con dieciocho años, cuando lo conoció, parloteando sobre los libros de Jane Austen, sobre los sobrecogedores poemas de Concha Lagos, o sobre su sueño de asistir, engalanada con un vestido majestuoso, a un ballet en el Teatro Real de Madrid. Su yo de dieciocho años pecaba de soñar demasiado, de dejarse navegar en la corriente de pensamientos innecesariamente ambiciosos. Y, según su madre, su marido Roberto había sido un “regalo de Dios” para devolverla a la humildad cristiana. A la sencillez de la vida monótona y tradicional. La plenitud para una mujer se encontraba en servir a su hogar, a su marido e hijos.

Y a veces se preguntaba si realmente era un pecado tan grande ser como su yo joven. Si dejaba a su mente reflexionar lo suficiente y escaparse por un momento de las rígidas jaulas morales en las que su familia le había encerrado, sólo entonces, se preguntaba, ¿por qué la

Amparo de diechiocho años no habría de tener derecho a... ser ella misma? ¿Por qué tuvo que reprimir esos deseos tan profundos, por qué iba en contra de Dios, qué tenía de malo que quisiera leer, escribir, conocer el mundo, el arte, el baile? Pero cuando sus pensamientos se desviaban, no se lo permitía por mucho tiempo. Se decía que era pecado y comenzaba, de nuevo, a rezar para acallar su cabeza. Aunque, muy en el fondo, no esquivaba esos pensamientos sólo porque pensara que eran moralmente incorrectos, sino porque un dolor inexplicable e intenso invadía su alma cada vez que se veía cara a cara con el hecho de que su yo verdadero siempre había estado escondido.

Aquel domingo, al llegar de misa, sintió su casa especialmente fría y sobrecogedora. Dejó el bolso en el recibidor, se cambió a la ropa de estar por casa y, viendo que toda la casa estaba ya limpia y había dejado el almuerzo hecho antes de irse, se sentó en el sofá. Cogió el mando a distancia y encendió el televisor. Ni siquiera sabía bien qué programa se estaba retransmitiendo, pero odiaba el silencio. Mientras su mente divagaba, pensando qué tendría que comprar mañana, preguntándose a qué hora saldrían sus hijos del trabajo para poder llamarlos, su vista aterrizó en un libro mal colocado en la estantería a la derecha del televisor. Como no soportaba el desorden, se levantó a moverlo a su lugar perfecto pero, por alguna razón, cuando lo tocó, sintió la tentación de sacarlo. Era un álbum de fotos con las cubiertas envejecidas, de color verde, ya desgastado y adquiriendo un tono tierra. Decidió abrirlo.

En la primera página figuraba, escrito a mano: Amparo y Roberto, 1963-1970. Estaba escrito con su letra, la letra demasiado pulida de una chica que había asistido a una escuela de señoritas, una letra que, lejos de ser práctica, estaba innecesariamente engalanada. Pero al menos tuvo la oportunidad de aprender a escribir, pensó. Y, como un acto reflejo, le dio rápidamente las gracias a Dios, susurrando, como si en cualquier momento él pudiera arrebatarse esa habilidad.

Pasó la primera página. Era una foto de ella misma, con dieciocho años, que le tomó Roberto antes de que se casaran. Se había subido a un banco de la pequeña plaza de enfrente de casa y, con el sol detrás contorneando su sombra, Amparo replicaba torpe pero gozosamente una

posición de ballet que había visto al ir al cine de la ciudad con su tía, donde proyectaron *El lago de los cisnes*. Roberto le había prometido que le llevaría a un ballet en el Teatro Real cuando se casaran.

Se miró atentamente en aquella foto. Había luz en su rostro, aunque tenía los ojos cerrados de disfrute. Llevaba puesto su vestido favorito, un vestido amarillo de topos que su madre le había cosido unos meses atrás.

En la página de al lado había una foto de ella y Roberto dándose la mano, rectos y tensos, pero sonrientes, mirando a la cámara. Recuerda que esta foto se la hizo su madre dos días antes de su boda. Su mirada se fue a las manos entrecruzadas. Su propia mano apretaba fuertemente la de Roberto, no quería soltarlo, toda su esperanza estaba en él. Pero la mano de él se encontraba relajada, con la certeza de que ella estaba ya atada fuertemente.

Pasó la página y un papel cayó al suelo. Se agachó con mucha dificultad para verlo.

*Detenida en el hueco de tu espacio,
fácil a la impaciencia de tu mano,
en el juego incansable, agua y luz,
de la arena y la ola por la playa.
Encendida de ti, llama en tu fuego,
varada ya en tu orilla, puerto y ancla,
presintiendo las cifras de la resta,
mientras sumo otra vez amor y duda.
Otra vez a volar, redoble, vuelo.
A contra luz voltean las campanas
el alegre repique de esta tarde
en vuelo por el aire de tu torre.*

Era su poema favorito de Concha Lagos, copiado de su puño y letra. Pero en aquel momento no habría significado algo tan trágico como ahora, no le había producido el fuerte resquemor de corazón que estaba sintiendo al leerlo de nuevo después de tantos años. Ese poema hablaba de la pérdida de sí misma, pero nunca lo había sabido antes.

Miró la hora: tenía que tomar su almuerzo puntualmente para tomarse su medicación. Recolocó el álbum en su sitio y se dispuso a seguir con su día como si nada. Pero un zumbido crecía en su interior, una voz. *Otra vez a volar, redoble, vuelo.* Pero ella ya no tenía alas... ¿o sí?

Por fuera, el día transcurrió con normalidad. Las llamadas por teléfono a sus hijos, la limpieza de la cocina, la cena, la manzanilla para dormir y las oraciones espolvoreadas a lo largo del día. Pero por dentro, un parásito crecía y crecía y contaminaba todo su interior.

Al día siguiente, lunes, se levantó de nuevo a las siete de la madrugada. Se miró al espejo del baño para peinarse y, como ocurría de vez en cuando, reparó en sus arrugas, en la piel colgante, en los labios resecos. Pero, sobre todo, en la poca vida que había en su mirada. Dándole un vuelco el corazón, reparó en que se sentía totalmente ajena a esa imagen que veía en el reflejo. Y no era por cómo su cuerpo había envejecido, por cómo su rostro estaba lleno de manchas, por cómo ya no tenía el pelo largo y sedoso. Era porque... durante todos aquellos años desde las fotos que había visto el día anterior, no había vivido ni uno sólo.

Sin saber exactamente por qué, a las once, después de haber limpiado, como era habitual, obsesivamente, toda la casa, salió a darse un paseo. Un paseo sin un motivo especial, algo excéntrico para ella: siempre que salía era por necesidad, para comprar algo, para ir a misa, para ir al cementerio. Mientras vagaba, con la mente en blanco y su bolso fuertemente sujeto, algo llamó su atención. Se paró en un escaparate y vio un largo vestido de gala. Era azul, hecho de una brillante tela sedosa, ligeramente holgado y con una capa del mismo color. Así, así exactamente eran los vestidos con los que soñaba asistir a ver una obra de ballet. Los vestidos que nunca se pudo poner.

No supo cómo había llegado el momento en el que se encontraba en el mostrador, preguntando por este.

—¿Es el vestido para su nieta? ¿Es su graduación?

—Sí, sí lo es... —Hacía tanto tiempo que no compraba ropa que aquella era una situación extraña. Y más aún si compraba un vestido así, sin ningún motivo.

—¿Qué talla es?

—Es la talla L. ¿Puedo llevármelo para que se lo pruebe?

—Sí, claro. Espere a que se lo prepare.

Y una hora después estaba en casa, delante del espejo de cuerpo completo de su dormitorio.

¿Por qué diantres habría comprado ese vestido? ¿Por qué se había gastado tantísimo dinero?

Pero lo sacó lentamente, se desvistió, e introdujo sus pies descalzos en él. Sintió cómo el suave forro acariciaba su sensible piel. Con mucho cuidado se subió la cremallera. Y se colocó la capa. Se volvió a mirar al espejo. Posó, con vergüenza al principio, como si Dios le estuviera observando juicioso, o su marido, desde allí arriba. Nunca se había puesto un vestido tan bonito. Nunca se había sentido como una princesa. Hizo una reverencia frente al espejo, sujetando y abriendo la capa con las manos. Se imaginó subiendo las escaleras al palco del Teatro Real de la mano de Roberto, aquel Roberto que sí había cumplido la promesa que le hizo, se imaginó cómo él le admiraba con los ojos, cómo le ayudaba a sentarse.

La quemazón de las lágrimas comenzó a volverse algo insoportable. Ojalá esas lágrimas fueran por Roberto, por echarlo de menos, pues así serían lágrimas conocidas y no escocerían tanto. Pero eran lágrimas de un dolor oculto que había decidido surgir repentinamente. Se volvió a mirar en el espejo y a toparse de bruces con la fría realidad de que no estaba en ningún teatro. De que nunca se vería como una princesa ya. Vio su cuerpo jorobado, su vientre abultado, su pecho caído, su piel flácida y pensó que no combinaban con ese vestido.

Era 1964. El joven Roberto estaba detrás de ella mientras ella comprobaba su elegante atuendo azul.

—Es hora de que nos vayamos —dijo, con una sonrisa dulce mientras le tendía el brazo. Amparo se volvió mirándole a los ojos. Roberto, como siempre le había prometido, le estaba ayudando a cumplir sus sueños por fin. Sus ojos brillaron al darse cuenta de la suerte que tenía de contar con un marido así, uno que no la atara sino que volara con ella.

En la calle, Roberto paró un taxi y le abrió la puerta de este, tomando su mano para ayudarle a sentarse con su larguísimo vestido.

—Estás preciosa, pareces una princesa. —Y Amparo se sonrojó, mirando hacia abajo.

Ya había escuchado *El lago de los cisnes* incontables veces en el tocadiscos que su tía le había regalado. Sin embargo, ninguna de esas veces podría haberle preparado para lo que sentiría al escuchar la música en directo. Al ver, a través de los binoculares, a las bailarinas conquistar el escenario con su elegancia y ligereza. Al observar el brillante y voluminoso tutú, los trajes cuidadosamente decorados.

La música de la orquesta la inundaba por completo, exaltaba su corazón, la llevaba a un estado de euforia y embriaguez a la vez. Por un momento, se imaginó como una de las bailarinas. Ya no estaba sentada con su precioso vestido y capa azul, en el palco, observando a través de los binoculares, cogiendo la mano de Roberto. El brillo de las luces del escenario se reflejaba en ella y la hacía brillar mientras se movía con gracia. El público observaba con admiración pero ella ni siquiera los veía. El espíritu del baile contaminaba todas y cada una de sus venas. La música guiaba sus pasos.

Ella era alguien por sí misma. Bailando de puntillas en aquel precioso escenario con el resto del elenco de baile, no necesitaba de Roberto para sentirse completa. No se planteaba que tuviera que encargarse de la crianza de niños ni de una casa, ni de seguir los dogmas de su familia o la Iglesia. En aquel momento sus propios sueños podían florecer.

—¿Sí? —Cogió el teléfono apoyándolo en su hombro, mientras removía en la olla el estofado que su hijo de cuatro años, desde la mesa, insistía en llevarse ya a la boca.

—Policía Nacional, ¿es usted Alicia Vicente? —preguntó una voz de un hombre desconocido.

—Sí, soy yo, ¿qué ocurre?

—Lamento informarle de que su madre, Amparo López Urriaga, ha sido encontrada sin vida en su domicilio, después de que los vecinos llamaran tras escuchar un golpe. Parece una muerte natural, no hay

señales de forcejeo ni de que se haya forzado la cerradura. Nos gustaría que se acercara a la vivienda para los trámites correspondientes. Usted aparecía como contacto de emergencia, pero podemos llamar a otros familiares si lo desea.

Tras terminar la llamada, el inspector de policía se dirigió a uno de los oficiales que examinaba el cadáver. Engalanada con un precioso vestido azul, el rostro sin vida de Amparo aún sonreía.

POR DONDE PASÓ UN HOMBRE.

Javier Espinosa Pérez

Puerto Real (Cádiz)

RELATO 18-20 años

«Estas humildes familias
que van en los camiones
están llenas de aflicciones
al tener que abandonar
la patria chica, el hogar, legados de sus mayores.»

Valentín González, poeta local.

«—No vive ya nadie en la casa —me dices—; todos se han ido. La sala, el dormitorio, el patio, yacen despoblados. Nadie ya queda, pues que todos han partido.

Y yo te digo: Cuando alguien se va, alguien queda. El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo. Únicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado.

[...]

Todos han partido de la casa, en realidad, pero todos se han quedado en verdad. Y no es el recuerdo de ellos lo que queda, sino ellos mismos. Y no es tampoco que ellos queden en la casa, sino que continúan por la casa.»

[...]

César Vallejo, No vive ya nadie...

Poemas en prosa (1939)

Manolito había crecido entre fantasmas. Las casas vacías estaban pobladas solo por historias, leyendas de un pasado demasiado remoto, pero tan cercano en el tiempo que aún dolía. Todavía se oían, en según qué esquinas, si uno prestaba mucha atención y afinaba el oído, las conversaciones, las carcajadas infantiles, el trajín de la vida en sociedad, los ecos, en definitiva, de una vida que inevitablemente se apagaba.

La historia que habitaría por siempre la casa del joven comenzó no muchos años antes. Su padre, Manuel González, nacido y criado en Granadilla, era hijo de labriegos que habían trabajado durante muchos años las tierras que pertenecían a uno de los señoritos de la ciudad. Se diría que su vida estuvo quizá destinada desde su nacimiento al campo. Exento, al igual que sus padres, de cualquier tipo de educación aceptó, no sin cierta resignación, su condición y a edad temprana comenzó a practicar el oficio en las mismas tierras que sus padres trabajaron antes que él. Pudo ver cómo la más pequeña de sus hermanas, Carmencita, asistía a la escuela en los años de la República que le pillaron a él, en cambio, demasiado mayor. Lo único que llegó a aprender fue a labrar la tierra.

Su vida transcurrió con cierta normalidad, antes de cumplir los veinte años se había enamorado de una de las compañeras de clase de su hermana. María, con unos cuantos años menos que él, le correspondió rápidamente y su padre aceptó la unión pues suponía que aquella chiquilla tan propensa a la depresión no encontraría a esposo alguno si no la ataba cuanto antes. Después de la boda la pareja intentó tener hijos, pero cuando la madre no abortaba, daba luz a un niño muerto o a uno deforme que moría a los pocos días. La moral de María decaía cada vez más con los años. Había semanas que era incapaz de salir de casa por pura falta de fuerzas. Por pura desesperanza e impotencia.

Sin embargo, y tras muchos intentos, el niño que nació una mañana de primavera de 1950 nació perfectamente sano y recibió un amor incondicional de unos padres que no creían que lo fuesen a ser jamás. Su madre recuperó entonces parcialmente el ánimo y su padre le puso su nombre a su hijo por miedo a no volver a tener esa oportunidad.

Dos años más tarde ocurría algo que con el tiempo acabaría por hacer estallar la vida del pueblo, pero eso aún no se intuía. Por entonces comenzaban las obras de ampliación de los embalses de la zona y muy cerca de la localidad comenzaba a construirse el embalse de Gabriel y Galán. Manuel vio aquí, a sus casi cuarenta años, una forma de escapar del campo al que siempre se había sentido más relegado que destinado. Aquella vida que llevaba la sentía más como imposición que como herencia. Así, se plantó en la construcción con experiencia nula, pero toda la tenacidad y ganas de hacer que le faltaban a su esposa.

Uno de los primeros recuerdos que Manolito conservaba en su memoria era de cuando tenía tres años y era el recuerdo de un pueblo feliz y rebosante de vida. No solo su padre, también muchos de los hombres de la ciudad habían encontrado trabajo en la construcción del embalse. Durante todo el día se veía a las mujeres ir y venir por las calles de la ciudad de las manos de los hijos que reían y jugaban, se olía aquel aroma que desprendían los pasteles que preparaba Raquel, la panadera, y se oían los cantos de las oscuras golondrinas. Granadilla parecía un pueblo en alza.

Manolito recordaba haber caminado de la mano de su madre y con su padre junto a ellos hasta la plaza mayor donde se habían congregado casi todos los vecinos para celebrar el carnaval que venía celebrándose en aquella villa desde hacía mucho tiempo. Subido a hombros de un radiante Manuel, vio desfilar por aquellas calles y plazas a hombres vestidos de colores vivaces entonando canciones alegres y bailando de formas imposibles. Las mujeres, más atrás, lucían plumajes extraños que Manolito no podía entender cómo les había llegado a crecer a seres humanos como él. Pero tampoco le importaba demasiado, Manolito bajaba a ratos de los hombros de su padre e iba a intentar imitar aquellos contoneos extraños de sus mayores. Su padre, preocupado de perderle, no le quitaba ojo de encima y se reía ante los espasmos que su hijo trataba de hacer pasar por pasos de baile. Cuando Manolito lo veía también se reía, no porque entendiera la razón de su risa, sino porque se le contagiaba la risa o, simplemente, reía porque no había motivos para no hacerlo.

Posiblemente aquella fue la primera vez que la vio o, al menos, la primera vez que fue consciente de estar viéndola. Debía ser apenas unos

meses menor que él. Sobre sus pequeños hombros caía una incipiente melena de rubios rizos y sus ojos se cruzaron entre la multitud. Aquellos ojos color avellana debieron ser la razón de su capacidad para conservar ese recuerdo. Aquellos ojos, que pertenecían a una niña, eran una puerta, quizá una llave, a algo que el niño tardaría años en comprender. Ella con una inocencia infinita e infantil le sacó la lengua, compuso un gesto burlón y acto seguido se confundió entre el gentío.

Estaba acompañada de su madre y su hermana. Su madre era la panadera, Raquel. Años después, el crío oiría la que sin duda fue la historia que habitó la casa que servía de panadería cuando esta se abandonó.

Antes de la Guerra Civil, Raquel se había casado con un conocido defensor de la República, el entonces maestro de escuela, Antonio. Cuando los fascistas llegaron hasta esa zona todos conocían la tendencia ideológica de aquel hombre. Este, intentando evitar represalias mayores se hizo al monte dejando a su mujer y la hija que no sabía que tendría en el pueblo, pues el hermano de ella formaba parte del destacamento de la casa cuartel y sabía que estaría a salvo. Raquel era una mujer de carácter recio, fuerte e indomable. Cuando su marido se fue, no flaqueó. Cuando supo que tendría que cuidar a una hija sola, no flaqueó. Cuando perdió una guerra, no flaqueó. Emprendió el negocio de sus padres panaderos y crió a una hija, Luisa, que heredaría su mismo carácter y su misma y envidiable capacidad de enfrentarse a la vida. Juntas y solas las dos vivieron los siguientes años como un equipo, una maquinaria bien engrasada. Raquel cocinaba y enseñaba sus recetas a Luisa y esta hacía los repartos y según qué recados hasta que alcanzó la suficiente destreza con aquel horno enorme donde preparaban el pan y los pasteles y, a partir de entonces, se relevaban en las tareas con más asiduidad.

Los años pasaban y la gente iba olvidando que una guerra había arrasado aquel país. Aunque probablemente no lo olvidaban, pero, por lo que pudiera pasar, tampoco lo recordaban demasiado. En aquellos tiempos hasta recordar demasiado era peligroso. Habían pasado ya más de diez años, durante los que Raquel no había demostrado jamás la más mínima intención de buscar marido, cuando en plena madrugada alguien llamó a la puerta. Salieron ambas al pasillo casi instantáneamente.

—Mamá... —balbuceó la más joven.

Pero su madre se había acercado al armario donde guardaba la vieja escopeta de su marido. En su experiencia, cuando llamaban a la puerta de madrugada, rara vez era para dar buenas noticias. Cuando abrió la puerta allí estaba él, Antonio, o eso le pareció. Aquel hombre que se había afeitado la barba, cuya piel se había arrugado y oscurecido y al que se le amontonaba escarcha en el pelo debía ser su Antonio o, al menos, la versión de sí mismo que el tiempo había hecho de él. No miró el arma, tan solo la miró a ella.

Te he echado de menos, amor mío —alcanzó a decir él.

—¿Pero cómo se te ocurre volver, alma de cántaro? —alcanzó a responder ella.

Él pasó, conoció a la hija que no sabía que tenía y se sentó en el salón con la que podría haber sido su familia. Por primera vez en su vida, Raquel lloró, quizá fuese de alegría o quizá de pena, no lo sabía del todo. Quizá le alegraba volver a tener junto a ella al hombre de su vida o lamentaba que se lo hubieran arrebatado. Quizá presentía que se lo arrebatarían de nuevo. Por primera vez en su vida, Raquel sentía que sus piernas temblaban y perdía la conexión con el mundo que la rodeaba. Por primera vez en su vida, Raquel flaqueó.

La siguiente semana la pasaron juntos los tres. Viviendo bajo el mismo techo, comiendo la misma comida, fingiendo que eran la familia que deberían haber sido. Pero las sospechas no tardaron en llegar, alguien dio un soplo a la Guardia Civil y, cuando Raquel volvió un martes como otro cualquiera de hacer una entrega, su hija estaba sentada en el suelo con un mofoleto rojo y la mirada perdida.

—Niña, ¿qué ha ocurrido?

Se lo han llevado. Miguel, el Cojo, se lo ha llevado al cuartel, alguien ha debido delatar. Intenté evitarlo, te juro que lo intenté, te juro que...

Ni su garganta ni su estómago le dejaron terminar aquella frase. Cuando Raquel se personó en la casa cuartel para hablar con su hermano este le dijo que no había nada que hacer. A la mañana siguiente lo matarían, él mismo tendría que matar a su cuñado. Consiguió, en cambio, que pudieran despedirse.

Lo único que necesito que sepas —dijo él—, es que sabía que esto ocurriría, que mañana me enfrente a la muerte, pero que hace ya meses que sabía que perdería la batalla. Pero que todo ha valido la pena, ¿me oyes? He conocido a mi hija y te he vuelto a amar a ti. Esta ha sido mi oportunidad de despedirme y no la cambiaría por ninguna otra vida.

Cuando Miguel, el Cojo, los separó a la fuerza de aquel beso tan eterno como fugaz, Raquel no flaqueó. A la mañana siguiente, Raquel no flaqueó. Cuando descubrió que volvía a estar embarazada, Raquel no flaqueó. Cuando nació Soledad, Raquel no volvió a flaquear jamás. Se lo debía a su marido y se lo debía a ellas tres. Pero la vida no pensaba ponérselo fácil. Ni a ella ni a ninguno de los habitantes de aquel apartado pueblo del norte de Cáceres. Apenas dos años habían transcurrido desde aquel primer recuerdo de Manolito cuando el primer fantasma que habitó la ciudad se extendió por sus calles como si se disolviese en el aire. Pero aquel fantasma era tan solo un burdo rumor que corría de boca en boca como la pólvora en manos de aquellas viejas del visillo. Para el verano de 1955 ningún oído había escapado a aquel amago de noticia. El gobierno, se decía, había declarado la localidad como “inundable” y había decretado la expropiación de cuantas tierras y propiedades constituían la villa medieval.

¡Qué ocurrencias tienen algunos! —se oía decir día tras día en la barra del bar Angelito, en la plaza mayor—. ¿Es que no os dais cuenta de que no son más que mentiras? ¡Cómo se iba a inundar Granadilla, madre del amor hermoso! Pero si esto es prácticamente un monte, por Dios. Anda que algunos no saben cómo meter miedo, de verdad.

Todos sabían que en el fondo aquello era verdad, que el pueblo tenía demasiada elevación con respecto al río como para poder inundarse alguna vez, sin embargo, la noticia no tardó en confirmarse. Los vecinos debían abandonar la ciudad en los próximos años. Las tierras, a los que las tenían, serían pobremente remuneradas. En cualquier caso, no podía quedar un alma ni una silla en ninguna casa. Los siguientes fueron años convulsos. La alegría de los últimos tiempos se veía ahora demasiado lejana, apenas parecía real, quizá un mero espejismo. La felicidad fue sin duda el segundo de los fantasmas que habitaron aquellas

calles empedradas. Las golondrinas que siempre habían colgado sus nidos en los balcones de aquellas casas cada vez cantaban más bajo.

Nadie supo decir cuánto tiempo había pasado cuando, una noche, sin mayor aviso se vio en la puerta de la muralla de la villa, frente a la que descansaba un viejo y grandioso olmo, un cartel que anunciaba que no se pagaría aquella casa en la que quedase una sola silla. Por entonces también se oía llegar al ingeniero jefe con algunos trabajadores y miembros de la casa cuartel gritando: ¡Váyanse ya! ¡Y que no quede ninguna silla!

Al ingeniero jefe, que desde entonces lo conocían como el Sillero, lo recibieron de muchas formas, según cada vecino. Julián, el Santito, que metía mano hasta a los floreros después del segundo vino, pero que no faltó un día a misa, recibió al Sillero escopeta en mano al grito de esta casa es mía y de aquí no me sacan. No fue el único, al principio muchos se opusieron, pero tenían muy pocas cartas que jugar y la resistencia armada no era una de ellas, era un suicidio.

También hubo quien sufrió un fuerte ataque de nostalgia, de depresión. Aunque en aquellos primeros años de vida de Manolito María nunca había sido tan feliz con su hijo y su marido, y aquellos ataques en los que le daba por encerrarse e ignorar al mundo parecían quedar ya atrás, después de la noticia la situación cambió para ella. Por entonces, María volvió a tener episodios en los que había semanas que no salía de su habitación, se pasaba las horas muertas viendo cómo el mundo envejecía y, le parecía, moría a su alrededor. Durante aquellos días, cuando su marido llegaba a casa, era su hijo, con apenas cinco años, el que se había encargado de poner la mesa y preparar la comida para dos, pues su madre tampoco comía. Y cuando Manuel llegaba al cuarto se encontraba con una mujer imperturbable, incapaz de reaccionar, casi muerta. Al principio trataba de hacerla reaccionar, luego simplemente no la molestaba y finalmente acabó por dormir en el sillón porque su propia mujer le asustaba. Luego, de repente, de un día para otro, María se levantaba, imponía en su rostro una sonrisa y se dedicaba a sus quehaceres. No daba explicaciones, no atendía a preguntas, simplemente decía: “Vaya tiempos que nos ha tocado vivir”, y tendía la ropa, o preparaba el caldo o limpiaba la casa.

Manuel, como otros trabajadores del embalse, decidió quedarse en el pueblo aun corriendo ciertos riesgos. El primero de ellos debido a que no sabía cuándo el gobierno dejaría de remunerar las propiedades, aunque tampoco suponía que ganaría mucho por aquella casa tan pequeña a dos calles de la iglesia. Además, no mucho después de que el Sillero colgara el cartel, se fueron el maestro y el médico de la ciudad. Sin embargo, y aunque no quería que su hijo fuera analfabeto como él, tampoco sabía si el ánimo de su mujer aguantaría el viaje. Según le habían dicho, muchos de los exiliados eran llevados a barracones y creía que eso podría acabar con la poca salud, o cordura, que le quedaba a María.

Afortunadamente, Carmencita, su hermana, y María habían asistido a la escuela y podían enseñar cosas básicas como leer y escribir al pequeño Manolito. Y así fue.

Aquellos años no fueron tan duros para Manolito como para el resto de sus vecinos. Él, aunque ya no era el niño que reía aquella tarde de carnaval, encontró cierta felicidad en la lectura. Adoraba aquellas tardes, a finales de los años cincuenta cuando se sentaba junto a su madre o a su tía y estas le enseñaban a leer y hacer matemáticas simples. Aunque la pequeña biblioteca y la escuela ya no estaban operativas, muchos libros habían quedado allí, así que Manolito iba de cuando en cuando a buscar alguna lectura para que se la leyeran o, si se sentía con fuerzas, para leerla él mismo. En brazos de su familia, aprendía a amar la literatura. Descubrió, si no un mundo nuevo, definitivamente una nueva forma de ver el mismo mundo. Las golondrinas ya no le parecían tan molestas. Las tardes ya no le parecían tan aburridas. Entre los cuatro: él, sus padres y su tía, construyeron un refugio en medio de la tempestad.

Los tiempos difíciles eran sin duda las semanas en las que su madre no estaba “muy pa’llá”, que decía su padre. Entonces su tía pasaba más tiempo en la casa, cuidando de él y haciendo algunas tareas del hogar, pero ella también tenía una familia y no podía pasar todo el día allí así que Manolito iba aprendiendo a hacer aquellas tareas para evitar que toda la casa se desmoronase en los tiempos malos de su madre. Carmencita, al principio, también intentaba interactuar con María, le

llevaba la comida, le hablaba de sus hijos, de la última que había liado su marido, Juan, el Casisordo.

—Porque hay que ver este hombre, cualquier día me busca una ruina, óyeme lo que te digo, mujer. ¿En qué hora me casaría yo con semejante gañán?

Pero al cabo de un tiempo sin obtener más respuesta que algún gemido espontáneo abandonó la tarea y empezó a soltarle la perorata también al pequeño Manuel que no entendía cómo aquella pareja podía haber durado tantos años sin haberse matado.

Manolito era el único que obtenía alguna respuesta. Algunas noches, unas horas, a veces apenas unos minutos antes de que su padre llegara, llamaba tímidamente a la puerta de su dormitorio. Aunque no contestaba nadie, él pasaba, armado siempre de un libro bajo el brazo. Entonces Manolito abría el libro y se ponía a leer para ella, cuando llevaba unos minutos leyendo, su madre avanzaba su mano hasta la de él y sonreía al techo. A veces, cuando sabía que a su padre aún le faltaba tiempo para llegar, Manolito cogía aquel libro de Machado. El crío no entendía del todo por qué tenía que esconderlo, si siempre le decían que leer era bueno, no entendía por qué no podía decir que leía según qué autor. Le parecía un absurdo. ¿Por qué se le iba a impedir a alguien leer algo que haga que se te erice la piel, que te tiemblen en el corazón las ideas, que te deje con una duda en el alma? Sin embargo, a su madre y a él les encantaba aquel poeta, y cuando en los labios de un niño que aún no había cumplido los diez años un caminante hacía camino al andar, a un olmo viejo le salían hojas o se inventaba la verdad, entonces por el rostro de su madre caía una única lágrima que bañaba todo su dolor. Una bala perdida, hija bastarda de la nostalgia.

Con estas llegó 1960. Unos meses antes, Carmencita y su familia habían ya abandonado la ciudad. Esta le había dejado al niño tres o cuatro libros que le habían servido a él para intentar mantener un refugio que ya se empezaba a resquebrajar. Aquel año se empezaron a efectuar los primeros pagos y se comunicó que a los que siguieran viviendo allí ya no se les remuneraría nada por el valor de sus casas. Lo que le dio el tiempo justo a la familia de Carmen y Juan para cobrar por su vivienda.

Manolito empezó entonces a notar su hogar muy vacío así que empezó a sentir el impulso de salir, de alejarse. Pero lo que descubrió fuera no le tranquilizó. Aquella mañana de primavera en la que un Manolito de diez años recién cumplidos salió por el pueblo para leer en algún rincón que no estuviera dentro de su casa, se fijó en lo que había ocurrido durante aquellos años. Cuando callejeaba hasta alcanzar la calle mayor y ascendía por ella hasta llegar a la plaza, notó que no se cruzaba ni con la mitad de gente que unos años antes. Supuso que eso llevaba siendo así más años, que habría sido algo gradual, pero a él no se lo pareció. Su tía se había ido de un día para otro y parecía que en todo el pueblo había pasado lo mismo. De hecho, como sabría más tarde, la población se había reducido más de la mitad. Le extrañó no oír la misa cuando pasó junto a la iglesia, no oír cantar los precios a los vendedores, no ver, apostada en la rendija de su ventana, a aquella anciana que debía llevar siendo anciana desde vaya Dios a saber cuándo y que nunca articulaba palabra, pero siempre observaba y escuchaba mientras masticaba, o rumiaba, sin nada en la boca. Como si masticase ideas y rumiase pensamientos.

Así que quiso huir también de eso. Intentó huir incluso de la propia huida. Bajó la calle que le quedaba enfrente, a la izquierda del ayuntamiento y llegó hasta las puertas del pueblo. Vio allí apostado del otro lado aquel viejo olmo, que sin ser hendido por ningún rayo, parecía haber algo podrido en él, quizá lo mismo que se podría en todo el pueblo. Quiso seguir andando, huyendo de la propia huida, pero entonces le dio miedo, un miedo tan irracional como profundo. Le estremecía la idea de que al volver, de un momento para otro, todo hubiera desaparecido. No estuviera ya en su casa su madre, se hubiesen evaporado los vecinos y su padre ya nunca más fuese a volver de trabajar. Así que se sentó sobre las raíces del olmo, donde aún podía oír el canto de algunas golondrinas y tuvo la certeza de que mientras pudiera oírlas, todo seguiría igual, o al menos cambiando de la misma forma.

No debía haber pasado una hora cuando pudo ver cómo alguien llegaba al pueblo en bici. Al principio y de lejos no la reconoció. Ya cuando estuvo más cerca alcanzó a distinguir que era una niña apenas unos meses menor que él. La melena de rizos había crecido y se había oscurecido,

y en sus ojos, bajo el arrojito y la confianza que recordaba, Manolito alcanzó a ver algo que no fue capaz de reconocer. Su nombre era Soledad, alcanzó a encontrar en su memoria el pobre niño, la hija de la panadera. Cuando la niña llegó a las puertas del pueblo no podía seguir en bicicleta debido al empedrado, así que se bajó de ella y trató de empujarla, pero no le resultaba fácil porque transportaba en el canasto del vehículo dos sacos de harina que su hermana le había pedido del pueblo de Zarza, el pueblo de al lado.

—Bueno, qué. ¿Vas a quedarte ahí mirando o vas a ayudarme a mover esto?

Si quedaba alguna duda, con la primera frase se dispararon todas, aquella era la misma niña que años atrás le había sacado la lengua en mitad de la plaza mayor de un pueblo que empezaba a diluirse en la memoria. Manolito cogió la bici por el otro lado del manillar y tiró con ella rumbo a la panadería.

—¿Qué leías? —inquirió.

—*Viaje al centro de la tierra* de Verne —aclaró él—. ¿Tú sabes leer?

—Anda, pues claro. Mi madre nos enseñó a mi hermana y a mí, las recetas de la panadería no se leen solas.

—Ya.

—Pero tampoco lo hago mucho, no te creas. Lo de las recetas y poco más.

—Si quieres puedo dejarte algunos libros. Cogí algunos de la biblioteca cuando la abandonaron.

—¿Ah, sí? ¿Cómo cuál, a ver?

—No sé... Este mismo si quieres, me lo estaba volviendo a leer —dijo y se lo tendió.

—*Vi...aje... al... cen...tro... de la... ti...erra*.

—Puedo ayudarte a leerlo si quieres —se apresuró él ante la torpeza de la niña.

Ella lo miró con desconfianza, no le gustaba que creyese que necesitaba su ayuda, lo sopesó durante unos momentos, pero finalmente aceptó porque la portada de aquel volumen le había llamado la atención.

No tardaron en llegar a la panadería donde se despidieron con la promesa de verse al día siguiente para que Manolito leyese en voz alta el primer capítulo del libro. La vuelta a casa se le hizo más amena, más ligera. Cuando abrió las dos láminas que formaban su puerta se dio cuenta de inmediato de que su madre había sufrido otro ataque. La cena estaba por hacer y la puerta del dormitorio cerrada. Él se acercó con lentitud pero paso firme hasta la pared opuesta de la sala de estar, salvó los cuatro escalones que conducían al pequeño pasillo donde se encontraba la puerta del dormitorio y en el que sus padres habían improvisado una cama para él.

Como de costumbre llamó a la puerta sin esperar respuesta. Pasados unos instantes, se adentró cautelosamente en aquella habitación sin ventanas con el espacio justo para una cama grande y un armario reliquia de su abuela. Se sentó en la cama, junto a su madre, y, en lugar de leer, le contó que aquel día había salido. Le contó que el pueblo estaba raro desde que la tata se había marchado. Le contó que se le había ocurrido un concepto que le parecía divertido, el de huir de la propia huida. Le contó que sentía un agujero donde antes había gente. Y, finalmente, le contó que la hija de la panadera, aunque era un poco borde, le había caído en gracia y, como muchos de sus amigos se habían ido, estaba bien hacer nuevos amigos.

Aquel día no leyó. Aunque tampoco notó mucha diferencia en la reacción de su madre. Ella con pulso débil buscó su mano y la aferró sin mucha fuerza. Había días que le costaba diferenciar si ella había buscado su mano o él se la había tendido, pero tampoco le importaba demasiado. Le gustaba sentir su tacto. Acariciar su mano. Notar que aún estaba caliente. Cuando acabó su soliloquio Manolito abandonó la habitación y se dispuso a cocer las papas que su madre había dejado a medio pelar.

Al día siguiente, poco tiempo después de que su padre se fuera a trabajar, Manolito pasó la mañana limpiando la casa y lavando uno de los dos monos que su padre usaba en el trabajo, además de una camisa suya. Tras el almuerzo, salió de la casa con el libro bajo el brazo y se acercó a la panadería. Raquel dejó salir a su hija siempre y cuando llegase a tiempo para preparar la merienda de aquella tarde. Ya juntos los dos, Soledad y Manolito se encaminaron hacia el viejo olmo donde ella le había sorpren-

dido el día antes. Cuando llegaron allí, se acomodaron entre las raíces, Manolito comprobó que aún podía oír los cantos de las golondrinas y entonces comenzó a leer. Intentaba sacar la voz más honda y grave de la que era capaz a sus diez años. A la vuelta hablaron. Hablaron de lo que habían leído, hablaron de lo que soñaban que serían sus vidas y hablaron de que aquel pueblo erigido entre montañas bajo hipnóticos cielos estrellados despertaba verdadero pavor cuando se sumía en el silencio de aquellos años. Aquella jornada se convirtió en costumbre y aquella costumbre se convirtió casi en un ritual. Manolito trataba quizá de reconstruir aquel refugio que había construido y perdido. Juntos leyeron novelas de Verne, obras clásicas, rimas y leyendas. A los pocos días, Soledad empezaba a atreverse con algún que otro párrafo y después de algunos meses llegó a tener casi la misma soltura que su amigo. Algunas veces les daba por alejarse un poco más allá del árbol contrariando a sus madres. En dos o tres ocasiones bajaron hasta el río y leían con los pies sumergidos.

Entre los dos se estableció una fuerte amistad y una gran complicidad. Manolito, por ejemplo, jamás había hablado con nadie acerca de los episodios de su madre fuera de su círculo familiar, a Soledad, sin embargo, era capaz de contarle todo aquello. A él le resultaba asombrosa la diferencia entre aquella niña burlona y la que era cuando le escuchaba hablar sobre aquellos temas. La forma que tenía de escuchar, de dejarle hablar, de emocionarse cuando él se emocionaba. Peores o mejores todo el mundo sabe dar consejos, pero ella sabía hacer algo mucho más valioso y profundo, ella era capaz de llorar con él, de acompañarle. En días como aquellos y, sobre todo, cuando era Soledad la que contaba cosas sobre su madre, sobre el padre que murió meses antes de nacer ella, Manolito empezaba a figurarse, que no a entender, qué era aquello que veía en sus ojos bajo el arroyo y la confianza.

Al año siguiente, un acontecimiento cambió sus vidas menos de lo que cabría esperar: la finalización de la construcción del embalse. La mayoría de los que trabajaban allí vieron en este acontecimiento la última señal de que ya era hora de irse. Manuel, en cambio, se resistía. Desde que su hermana se había marchado, desde que el pueblo estaba ya semivacío, su mujer tenía episodios cada vez más frecuentemente, exponerla a un

viaje en aquellas condiciones supondría el fin para ella. Sabía que, a la larga, aquello perjudicaría al chico, que había demostrado ser muy listo, si bien no con las matemáticas, tenía una insaciable sed de lectura, y en un pueblo como aquel sin tan siquiera maestro no podría aprender mucho. Sin embargo, se obstinó en creer que hacía lo mejor. Empezó a trabajar de recadero para unos y otros, para los que quedaban, y Manolito, cuando no tenía que ocuparse de la casa, siguió su ejemplo.

Nada de esto afectó al ritual de aquellos dos amigos. Aunque Soledad podía observar cómo el ánimo del chico flaqueaba a medida que disminuía el tiempo que su madre pasaba fuera de la cama.

Aquel año, no obstante, Manolito descubrió una compañía que le agradaba más de lo que recordaba. Durante aquellos meses pasó más tiempo con su padre que desde que era muy pequeño. Descubrió en él a un hombre con un gran corazón, un hombre, en el buen sentido de la palabra, bueno. Pero, sobre todo, descubrió en él a un hombre profundamente enamorado de su madre y de su pueblo. Aquello a Manolito le enternecía y le preocupaba al mismo tiempo.

Su madre, en cambio, no había mejorado con la presencia de Manuel en la casa. María estaba cada vez peor. Cada vez pasaba más tiempo sin salir de su cuarto. Para la primavera de 1962, María había llegado a pasar un mes entero sin salir de su habitación. Durante aquel episodio Manolito fue incapaz de arrancarle ni siquiera una sonrisa. Entonces comprendió que realmente era él quien tendía la mano. Siguieron pasando los meses con esa manía que tiene el tiempo de pasar como si no pasase nada. Durante aquel verano, María pasó un máximo de dos semanas allende una puerta que más parecía un muro, un escudo quizá. Luego, “el otoño duró lo que tarda en llegar el invierno”. Una tarde, unos días antes de Navidad, Manolito intentó obtener alguna respuesta de aquella madre tan ausente que vivía en la habitación contigua. Aprovechó que su padre estaba ayudando con el traslado a unos vecinos que no querían pasar aquellas fiestas en el pueblo ni un año más para leerle a su madre algunos versos de su poeta favorito.

Cuando entró en la habitación le dio la impresión de que su madre estaba muy pálida. Aquellos ojos oscuros parecían nublados y per-

didos ahora más que nunca. Como siempre, se sentó a su lado, buscó su mano entre las sábanas y notó su pulso. Débil, como siempre. Se aferró a aquella mano y la sujetó con fuerzas, entonces empezó a leer, con un ojo furtivo mirando siempre en la dirección de los suyos. Aquel día no hubo respuesta. Había repasado media antología del poeta cuando se cansó. Se cansó de veras. Se cansó de leer y se cansó de estar allí. Se cansó de tener una madre que no tenía. Se cansó de haber sido su propia ama de casa. Se cansó de no ser querido lo suficiente como para que su madre tuviera fuerzas para levantarse. Se cansó de sí mismo, de su familia y de aquel pueblo. Se cansó de tener que acostumbrarse a todo. Se cansó de ser más hijo de sus penas que de su madre. Se cansó, por un momento, de respirar. Se cansó. Se cansó de veras. Y entre tanto cansancio no sabría decir cuándo había empezado a gritar. A gritarle sin sentido ni coherencia a la mujer que estaba tendida en el lecho y que se suponía que debía ser su madre. A gritar a pleno pulmón, expulsando por su boca palabras que era incapaz de reconocer antes en su garganta. Aun sin tener consciencia de estar gritando supo que le estaba explicando a su madre que se había cansado. Que se había cansado de ella. Que se había cansado de aquello. Para cuando Manolito fue capaz de controlar el torrente de su voz y callarse, estaba, sin poder decir cómo, de pie junto a la puerta. En aquel instante, María había empezado a llorar, pero su hijo ya estaba cansado y se marchó.

Volvió a encontrarse huyendo de la propia huida. Salió de su casa cabizbajo y mirando hacia las piedras del empedrado de las calles. Las miraba fijamente, como queriendo memorizarlas, como si pensara que, si las retenía en su memoria por el tiempo suficiente, de algún modo al menos, no cambiarían. Siempre estarían ahí. Buscaba quizá generar una constante. Observaba cómo se sucedían piedras más grandes con otras más pequeñas, más romas, más afiladas, más finas, más gruesas. “Caminate, no hay camino”, aquella parecía un corazón roto, “se hace camino al andar”, la de más allá, una estrella, “al andar se hace camino”, Manolito, la que acababas de pisar está un poco suelta, “y al volver la vista atrás”, esto empieza a parecer gravilla, “se ve la senda que nunca”, Manolito, “se ha de volver a...”, ¡Manolito!

Cuando se giró contempló a Soledad. Su melena de rizos morenos se mecía suavemente al viento. Sus ojos color avellana reflejaban una profunda preocupación. A espaldas de ella vio cómo se erigía el pueblo que le había visto nacer, que había visto nacer a sus padres, y a los padres de ellos, antes. Estaba definitivamente más lejos de lo que había sido consciente de estar alejándose.

—¿Qué ocurre, Manolito? —preguntó ella al borde del sollozo.

En el tono de su voz, Manolito volvió a notar esa habilidad suya para sentir lo que uno siente, incluso lo que uno aún no sabe que siente. Así que le contó lo que había sucedido y, a medida que contaba y andaban por los alrededores del pueblo, iba notando cada vez más frío.

Cuando él acabó habían vuelto a llegar a los pies del pequeño castillo que defendía la ciudad, junto al olmo, y ella no había dicho nada. Quizá ella no sabía muy bien qué decir, quizá nadie sabría muy bien qué decir. Así que se limitó a escuchar, a sentir por y con él. Cuando llegaron allí, Manolito lloraba. Lloraba de la misma forma que lo hacía su madre. Solo unas pocas lágrimas abandonadas a su suerte surcando las mejillas, bañando el rostro. Ella lo miró fijamente a los ojos, con dulzura, con impotencia y con amor. Cuando Soledad se acercó para darle un abrazo, Manolito tuvo la certeza de que nunca antes se habían abrazado, lo supo porque se habría acordado, lo supo porque hasta entonces nunca había notado el dulce aroma a pan recién hecho que desprendía aquella joven. Permanecieron así, unidos en un abrazo durante largo rato.

Cuando Manolito abrió la puerta de su casa ya era de noche. Subió al cuarto de sus padres sin preocuparse por la cena. Llamó, sin esperar obtener respuesta, y pasó. Aquella vez se tumbó junto a su madre, buscó con la suya su mano y empezó a hablar. Empezó a disculparse. Por primera vez en meses su madre respondió, no con palabras, pero respondió. Sin decir nada rodeó a su hijo con sus brazos y lo acurrucó entre ellos. El crío aceptó con emoción aquel abrazo. Aquel día no leyó. Se quedaron dormidos así, el uno abrazado al otro. El uno junto al otro. A la mañana siguiente, Manolito abrazaba un cuerpo frío.

María había muerto de pena, o eso le habían dicho a Manolito, que nunca hasta entonces había entendido la pena como una enfermedad

mortal. Había muerto por pura falta de fuerzas. Había muerto por pura desesperanza e impotencia.

En Granadilla ya no había cura, y sin embargo, una de las consecuencias de la prevista inundación de la zona era que el cementerio debía trasladarse. Durante los últimos meses el cura de la localidad más próxima hacía continuas visitas al pueblo para encargarse de las exhumaciones y, por tanto, cada vez que este venía unos cuantos muertos del cementerio eran trasladados a un nuevo camposanto que se había improvisado a una media hora andando por la carretera que nacía a los pies del viejo castillo. Cuatro días después de la muerte de María, durante los que Manuel y su hijo tuvieron que convivir con un cadáver, y justo cuando el olor empezaba a resultar insoportable, llegó el párroco y dio la última misa que se celebró en la vieja iglesia de Granadilla. Cuando el coche fúnebre partió por la desgastada carretera rumbo al nuevo cementerio Manolito contempló una imagen sobrecogedora. A su frente el coche fúnebre transportaba el cuerpo inerte de su madre, pero, atrás, los vecinos que quedaban y algunos que habían vuelto momentáneamente para rendir homenaje a sus muertos, caminaban detrás de ellos portando consigo los huesos o restos de sus propios antepasados que no podían seguir en el cementerio donde estaban. El entierro fue largo y tedioso porque el párroco celebró el de todos los exhumados además del de María.

Uno a uno, todos los vecinos vestidos de negro allí congregados se acercaban a Manuel y a aquel niño, aquel niño que había crecido demasiado rápido, para darles el pésame, para decir esas frases vacías que se dicen cuando las palabras no pueden arreglar nada:

- Lo siento mucho, hijo.
- Qué desgracia, con toda la vida por delante.
- Está ahora en un lugar mejor.
- Ella no habría querido veros sufrir.

A la única persona que le importó ver allí fue a Soledad. Cuando la familia de la panadera se acercó debió ser la primera o la segunda vez en todo el día que Manolito alzaba la vista del suelo. Ninguna de las tres dijo nada. Raquel abrazó primero a Manuel y luego al niño. La siguió Luisa. Finalmente vino Soledad, cuando la miró a los ojos y vio que ella estaba

llorando él no pudo reprimirlo y lloró. Lloró como lloraba su madre. En silencio, dejando que las lágrimas surgieran y cayeran. Ella, sintiéndose culpable quizá, secó con la negra manga de su vestido las lágrimas de él y acto seguido las propias. Con suavidad posó sus manos sobre el rostro de él y acercó hacia sí la frente del crío y la besó con ternura para después abrazarle. Pan recién hecho, pensó Manolito. Pan recién hecho.

No habían pasado muchos días desde el entierro cuando Manuel sentó a su hijo en la sala de estar y le puso en situación. Le contó que hacía un tiempo, un antiguo compañero del embalse le había ofrecido un puesto en una pequeña fábrica textil que había adquirido en Cataluña con lo que le habían dado por las tierras y con algo que tenía ahorrado. Manuel le había estado dando largas porque no pensaba que su mujer pudiera soportar aquel viaje, pero eso ya carece de importancia —concluyó—, además allí esperaba que Manolito pudiese formarse más allá de labrar la tierra. Se volvió a poner en contacto con su compañero y este le dijo que se podría incorporar en unos cinco meses. Antes no, porque tenía a alguien cubriendo el puesto, se disculpó. Manuel planeó llegar un par de semanas antes para ir haciéndose a la ciudad. Básicamente le comunicaba a su hijo que finalmente se iban, abandonaban la ciudad que les habían arrebatado.

De esos meses que pasaron entre el funeral de su madre y su exilio a Barcelona, Manolito guardaba un recuerdo borroso y, sobre todo, frenético. Recordaba, por ejemplo, una tarde, ya entrado 1963, cuando Manuela, una de las vecinas que aún quedaban, estaba lavando la ropa en el río y salió gritando despavorida y corriendo embalada hacia el pueblo:

—¡El río, Juan! ¡Que se ha vuelto loco!

El río se había, en efecto, vuelto loco. Se desbordaba aquí y allá continuamente. Cada vez el agua iba ganando más y más terreno. A los pocos meses se había inundado toda la vega de Granadilla, incluido el antiguo cementerio. Pero el agua, por supuesto, jamás llegó hasta la villa medieval.

Sus tardes con Soledad eran cada vez más tristes. Ya hablaban cada vez menos, se limitaban, a menudo, a la lectura. Manolito, después de tanto tiempo, compartió con ella, incumpliendo la promesa que le había hecho a su madre, algunos versos de Machado y pensó que de alguna manera había una nave preparada para él que estaba ya a punto de partir. Descubrió que Ra-

quel, la panadera, había resuelto que su familia no se movería de Granadilla hasta que se hubiese mudado el último granadillero que quedase. Si bien es cierto que no tuvo que esperar mucho más tiempo hasta que eso sucediera. Finalmente, en 1965, el municipio fue oficialmente disuelto.

Más de una vez, durante aquellos meses, Manolito en una de sus caminatas se acercaba hasta el cementerio. Llamaba tímidamente a la verja sin esperar respuesta y entraba cauteloso en el entramado de calles de la nueva necrópolis. Llegaba hasta la tumba que había visto abierta hacía muy poco tiempo, se sentaba junto a ella y le leía poemas de Antonio Machado, y extendía la mano. Le gustaba sentir su tacto. Acariciar el mármol. Sentir que estaba frío.

Finalmente, una tarde de verano de 1963, Manuel y su hijo habían intentado almacenar todas sus vidas en cajas y muebles que habían tenido que subir en una especie de barca porque las inundaciones hacían cada vez más difícil el acceso por tierra. Habían dispuesto todo perfectamente y ya estaban listos para partir. La noche antes, Soledad se había acercado hasta su casa para despedirse sin sus padres. Manolito había salido armado con un libro bajo el brazo. Aquellos niños que no habían tenido tiempo de ser niños no podían saber lo que era el amor. Aquellos ojos color avellana que siempre ocultaban algo debajo no podían estar llorando por él. Manolito le tendió de nuevo aquel libro con el que empezó todo.

—*Viaje al centro de la tierra* —leyó ella, emocionada, pero de corrido.

—He pensado que deberías quedártelo tú. Además, así, cuando estemos los dos desperdigados por España, tendré una excusa para ir a verte.

—Y yo que pensaba que con ir a verme te bastaría.

—Bueno, no es lo mismo una excusa que la razón, ¿sabes? Digamos que el libro es la excusa.

Ella le sonrió. A Manolito esa sonrisa se le clavó en el corazón. Quiso decirle que la quería, que la amaba, pero en el fondo Manolito era consciente de que no sabía qué significaban esas palabras, qué querían decir, así que por miedo a pronunciar palabras vacías decidió callar. Callar para descubrir cuánto puede corroer un silencio el alma humana. Y finalmente fue ella la que se abalanzó sobre él para abrazarle. Manolito perdió un hogar cuando se fue su tía, perdió otro cuando su madre se puso grave para después morir y sabía que perdería otro porque no volvería a notar bajo su nariz el olor a pan recién

hecho que emanaba de algún lugar perdido entre su melena de rizos mecida levemente por el viento, mientras oía, de lejos, el canto de las oscuras golondrinas.

Al día siguiente, todas las personas que quedaban en el pueblo, como era ya costumbre, ayudaban y despedían a los que se iban en aquellos amagos de barcas. Su padre se subió y se puso al frente, dirigiendo la embarcación; su hijo, en cambio, se quedó atrás, observando.

Observó a la gente del pueblo y la propia Granadilla hacerse pequeña mientras ellos avanzaban. Vio como los que fueran sus vecinos se alejaban y quedaba solo ella, mirándolo de lejos. Vio, o le pareció ver, cómo la maleza se abría paso entre las calles abandonas. Vio tornarse ruinas las casas de la gente. Vio caer sobre sí misma la ciudad que le había visto nacer. Vio tormentas, vientos y nevadas provocar daños que nadie ya reparaba. Vio cómo envejecen las piedras cuando olvidan a los hombres. Vio rendirse a la esperanza. Y mientras, caían de sus nidos aquellas oscuras golondrinas.



Candela Sierra

Autora de la ilustración de cubierta e interior

Ronda, 1990. Es licenciada en Bellas Artes por la Universidad de Granada, con estancias de un año cada una en la Académie Royale des Beaux-Arts de Bruselas y en la Université Laval de Quebec, y cursó un máster especializado en cómic en Angoulême (Francia). Disfrutó de una residencia en la Maison des Auteurs de dicha ciudad, así como en la Fundación Antonio Gala para jóvenes creadores de Córdoba. Es la autora de *Rotunda* (Andana Gráfica, 2023), proyecto galardonado con el Premio Valencia de Novela Gráfica, y de *Lo sabes aunque no te lo he dicho* (Astiberri, 2024), que recibió por su parte la ayuda a la creación Injuve. Es becaria de la sexta edición del programa Residencias de la Academia de Cine, enseña en la Escuela Minúscula de ilustración de Madrid y sigue dibujando.

*Esta edición no venal se ha impreso
en Andalucía en el verano
de 2025.*

